

Vida y obra de Marcos Arróniz

MARCO ANTONIO CAMPOS
Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México

...fuiste una flor por el Señor maldita...
Juan Díaz Covarrubias

EL HOMBRE

“Joven apasionado, entusiasta y melancólico”, dijo de él José Zorrilla hacia 1857. Perseguido por los desengaños y el hastío, Arróniz pensó, escribió y vivió como un poeta romántico. Su interés central fue la poesía y así lo vieron también sus contemporáneos. Desde uno de sus primeros poemas llamó “sublime” a la poesía y le pidió:

Piadosa acude a mi amoroso ruego,
Mi alma abrasando con tu sacro fuego,
Que es del poeta el único tesoro.¹

No en balde un buen número de sus contemporáneos, sobre todo a principios de la década de los cincuenta del siglo XIX le dedicaron poemas, “al amigo”, “al querido amigo”, “al excelente amigo” Marcos Arróniz.²

El poema más antiguo de Arróniz data de 1847 y los últimos, publicados en el *Álbum de las señoritas mexicanas*, son de 1856, pero de

¹ Para el rescate de los poemas y las traducciones de Arróniz fue esencial la ayuda de los escritores y bibliófilos Ángel Muñoz y Fernando Tola.

² Entre ellos Francisco Zarco y algunos poetas del todo olvidados: Epitacio J. de los Ríos (“A mi excelente amigo el sr. D. Marcos Arróniz”), Tomás Ruiseco (“A mi amigo el sr. D. Marcos Arróniz”) y Juan Suárez Navarro (“A mi amigo Marcos Arróniz”). Los poemas aparecieron ante todo en *La Ilustración Mexicana*.

hecho sólo empieza a publicar a partir de 1851, y los buenos poemas, inclusive el más representativo de su obra (“Zelos”), surgen desde 1852. Es decir, su fulgurante paso por las publicaciones periódicas no fue más allá de cinco años. Sus poemas, prosas poéticas³ y artículos aparecieron, hasta donde tenemos conocimiento, en las revistas de Ignacio Cumplido, *La Ilustración Mexicana*, *El Presente Amistoso* y *Álbum de las señoritas mexicanas*, y los diarios *El Siglo Diez y Nueve*, gracias a su gran amigo Francisco Zarco, quien era en 1853 y 1854 el editor responsable y redactor en jefe,⁴ y *El Monitor Republicano*, del cual era editor Florencio M. del Castillo, y donde apareció una reseña sobre la obra teatral de Francisco González Bocanegra, *Vasco Núñez de Balboa*, el 4 de octubre de 1856. De 1857 y 1858 no tenemos huellas de colaboraciones suyas en publicaciones periódicas. Apasionado por la historia y la política mexicana y por la vida en la ciudad de México, desde 1856 Arróniz parece haberse concentrado en la escritura de sus tres magníficos manuales: *Manual del viajero en México*, publicado todavía en vida en 1858, *Manual de biografía mexicana* y *Manual de historia y cronología de México*⁵ en 1859. Por sus manuales y poemas podemos saber quiénes fueron principalmente sus héroes políticos: Hernán Cortés, Revillagigedo, Hidalgo, Morelos, Matamoros, Iturbide y Santa Anna; de éstos Cortés e Hidalgo le merecen un poema e Iturbide y Santa Anna son apenas mencionados.

Si nos atenemos a sus traducciones, conocía, o leía al menos, tres idiomas extranjeros: inglés, francés e italiano. Sin duda su segunda lengua, o la que más conocía, fue el inglés, lo cual le permitió leer directamente a Byron y aun traducir el segundo canto del *Don Juan*. Para decirlo con Dante, Byron fue “su maestro y su autor”. Militarmente sirvió en la caballería santanista como capitán de lanceros y una

³ Quedará una docena de estas prosas. Vagarosas, cursis, no hay una sola que deje notar ni siquiera vislumbres de su talento. Sin un sello distintivo, pudieron ser escritas por cualquiera.

⁴ Zarco sería después director del diario.

⁵ Los tres manuales aparecieron publicados en ediciones muy bellas hechas por la Librería de Rosa y Bouret. Arróniz consideraba la imprenta de estos señores como una de las mejores, junto a las de Ignacio Cumplido, la del señor Maillefert, la del señor Murguía; La Española, del señor Guillet y la del señor Besserer (México 1858 II: 42). Se hallaba en la esquina de los portales de Mercaderes y Agustinos, es decir, en lo que hoy es 16 de septiembre y la esquina sur-occidental de la plaza del zócalo.

los buenos poemas, (Zelos"), surgen desde ediciones periódicas no poéticas³ y artículos en las revistas de *Intercambio Amistoso* y *Alto y Bajo*. En *El Siglo Diez y Nueve*, entre 1853 y 1854 el *Monitor Republicano*, del cual apareció una reseña sobre Bocanegra. Vasco Núñez de Balboa no tenemos huellas literarias. Apasionado por la vida en la ciudad de México, participó en la escritura de sus *Memorias de México*, publicado tomo *Historia y Manual de historia* y poemas poderosos políticos: Hernán Cortés, Iturbide y San Juan. Un poema e Iturbide y

leía al menos, tres veces. Sin duda su segunda edición le permitió leer el canto del *Don Juan*. "El autor". Militar-mente de lanceros y una

no hay una sola que deje de ser. Pudieron ser escri-

son muy bellas hechas por la de estos señores como una de Maillefert, la del señor de México 1858 II: 42). En fin, es decir, en lo que del zócalo.

vez que Su Alteza Serenísima emprendió la última fuga el 9 de agosto de 1855, luchó con la reacción, encabezada por el general Antonio Haro, en la batalla de Ocotlán, Puebla, contra las fuerzas liberales de Ignacio Comonfort. Pese a ser el ejército de Haro superior en soldados al cuatro por uno, fueron obligados a replegarse a Puebla, donde capitularon 17 días después.

Sabemos por un poema, donde describe el puerto, que estuvo en Cádiz en 1849. Por menciones en su poesía y en sus prosas sabemos asimismo que conoció los entornos de la capital, Guanajuato, Morelia, Puebla, Guerrero, Xalapa, y por lo que puede colegirse, Orizaba y las costas veracruzanas.

Murió oscura y trágicamente.

No se sabe el lugar ni fecha de nacimiento, pero el apellido Arróniz es común en las ciudades veracruzanas, inmediatamente vecinas, de Orizaba y Córdoba. En el prólogo a las obras de Florencio M. del Castillo, Luis G. Ortiz refiere que el mayor de los cuatro amigos que se reunían en las oficinas de *El Monitor Republicano* hacia 1856 era Francisco González Bocanegra; los otros tres eran Castillo, Arróniz y el propio Ortiz. Pero los años se le enredan a Ortiz. Dice que Bocanegra contaba 27 años; en realidad tenía 32. Si Bocanegra era el mayor, y si nació en 1824, podemos más o menos situar el año de nacimiento de Arróniz. Si Arróniz firma sus primeros poemas, aun demasiado verdes, en 1847, podríamos creer que tendría menos de veinte años. Arróniz debió nacer entre 1828 y 1830, o extendiéndonos al máximo, entre 1825 y 1830. Recuérdese que, fuera de Bocanegra, los poetas, escritores y periodistas característicos del Liceo Hidalgo nacieron entre 1828 y 1832: Castillo en 1828, Zarco en 1829, Cuéllar en 1830 y Ortiz en 1832. Todos fueron buenos amigos entre sí, pese a que en esos años terribles, el torbellino político, las escisiones periodísticas y las profundas diferencias ideológicas pudieron dividirlos y separarlos.

¿Cuándo vino a la Ciudad de México? El primer dato que nos permite saber de su vida en la capital del país, pero que sugiere que ya vivía tiempo antes, es su participación como vocal en la asociación literaria del Liceo Hidalgo en 1849.

Por los poemas a la muerte de sus padres sabemos algo de ambos. El padre murió a fines de 1852 y la madre en 1854. En los versos dedicados a los dos se observa el entrañable amor filial. Para Arróniz, sus muertes representaron una cuchillada al alma, como lo fue anterior-

mente para Ignacio Rodríguez Galván, cuyos padres fallecieron cuando no llegaba a los once años, o después para Acuña, cuyo padre murió cuando tenía veintidós. Por los poemas, parece haber sido para Arróniz más devastador el fallecimiento del padre, para quien escribió en noviembre de 1852 un soneto (“En la muerte de mi amado padre”) y en 1854 un epitafio y una larga elegía homónimas del soneto; para su madre, redactó un epitafio de dos versos en 1854 e hizo un par de menciones de paso en la elegía al padre. Baste recordar después poemas o pasajes intensamente desgarradores escritos a la memoria del padre muerto: “A mi padre” (1808) del joven López Velarde, “Algo sobre la muerte del mayor Sabines” (1963) de Jaime Sabines y un pasaje de “Pasado en claro” (1978) de Octavio Paz.

El padre de Arróniz, quien muere en “la robusta edad”, fue, según el hijo, “ejemplo vivo/ de bondad, de honor y de hidalguía”. El legado al hijo es ejemplar: una esmerada educación, un emblema ardiente de virtud y el recuerdo apegado de una amistosa ternura. Con palabras balsámicas en los días difíciles el padre sanaba las heridas y anulaba las “negras ideas”.

Si admitimos lo que sugiere la elegía final, un motivo central de la pronta muerte de la madre, fue el menoscabo en el corazón que le dejó la temprana partida del cónyuge, que sólo trajo a la familia pesar y dolor:

¡Oh desolada madre! ¡Oh suerte impía!
En llanto baña su ceniza fría.

Por un par de adjetivos en la larga lamentación al padre, donde hace una dura reclamación a la muerte, podemos darnos una idea del carácter de los progenitores:

Mas, ¡ay!, perdona a tu furor insano
al grave padre y a la dulce madre.

Arróniz conmina, casi exige, a la “muerte impía”, regresar al padre a “la luz de la vida”, aun, si es necesario, a costa de la destrucción definitiva de él mismo.

El deceso de la madre en 1854 termina por dejar a la familia en aflicción y desamparo. Si el padre representaba virtud y entereza, la

madre era dulzura y sosiego. Sin embargo, la madre apenas le merece un epitafio de dos versos y una estrofa (la arriba citada) en la elegía al padre. El epitafio dice:

¡Partes!...¡Y dejas a tus hijos duelo,
Y el gozo que era suyo das al cielo!

Si habla Arróniz de *hijos*, no es difícil colegir que había más de un hermano, pero ignoramos cuántos y quiénes. Suponemos que hubo una sola mujer, porque en un poema, “El ensueño de la virgen”, la dedicatoria dice: “A mi querida hermana”. De haber habido más, habría puesto su nombre para distinguirla de la otra u otras.

Por las referencias que hallamos en revistas y diarios en los primeros años de la década del cincuenta del siglo XIX, se ve que, pese a su juventud, se le tenía en alto aprecio como poeta. En los poemas que le dedicaron, ya en vida o luego de su muerte, o en las páginas de recuerdos que hicieran Luis G. Ortiz en el prólogo a las obras de Florencio M. del Castillo en 1875⁵ e Ignacio Manuel Altamirano en el prólogo a las *Pasionarias*⁶ de Manuel M. Flores en 1882, se habla del poeta, pero no del ameno cronista, del circunstancial crítico literario, del autor de estrictas semblanzas o del historiador didáctico. Más allá de los poemas dedicados pero con otra temática, se conservan tres poemas en los que el protagonista es el propio Arróniz: uno de Luis G. Ortiz, otro de Emilio Rey y un tercero de Juan Díaz Covarrubias. En las breves semblanzas de Ortiz y Altamirano resuenan con acordes melancólicos el poeta, el escritor y el amigo. En poemas y semblanzas se dibuja la imagen del cantor torturado y del joven triste acosado por la mala estrella.

Si nos fijamos de las semblanzas hechas por Ortiz y Altamirano, Arróniz era muy bien parecido. Ortiz lo evoca de cabellera negra y rizada, de “tez ligeramente rosada”, con facciones casi femeniles, las cua-

⁵ Luis G. Ortiz, “Prólogo”, en *Florencio M. del Castillo. Algunos rasgos biográficos. Su carácter. Sus obras*. Biblioteca de La Orquesta. Editor Manuel C. Villegas, México, 1875.

⁶ Ignacio M. Altamirano, “Prólogo”, en Manuel M. Flores, *Pasionarias*, Segunda edición, corregida y aumentada, México, Imprenta del comercio, de Dublán y compañía, Segunda de Plateros 3, 1882. La página de Altamirano es indispensable para entender a Arróniz.

les contrastaban con “su aspecto grave, su frente rugosa, su mirada varonil y la inmovilidad de sus delgados labios”. Al ver al amigo vestido con el uniforme militar, Zarco lo llamaba burlescamente, en alusión a Juana de Arco, “la doncella de Orleans”, algo que hacía fruncir el ceño al capitán de lanceros. Los amigos lo llamaban “Byron” por la devoción extrema que tenía por la obra y vida del autor del *Don Juan*, pero acaso una leve ironía se escondiera detrás del sobrenombre. Introvertido, encerrado en sí mismo, Arróniz hablaba escasamente. Cuando no usaba el uniforme militar, vestía con “delicada elegancia”.

Fue un notable lector, lo que hace suponer que su padre poseía una buena biblioteca, o al menos, o también, que asistía a las pocas bibliotecas que existían en la Ciudad de México de la época.⁷ Altamirano señaló que de los poetas Arróniz era el aristócrata “por su educación europea, por sus hábitos y aun por sus opiniones”. Al parecer Altamirano ya había olvidado en ese 1882, como casi todos o todos, que Arróniz estudió y escribió sobre poesía, historia y hombres ilustres mexicanos.

Hasta el trazo de la semblanza en su *Manual de biografía mexicana*, (1859: 281-291) quizás hasta el último día, Arróniz fue un fiel admirador de Santa Anna; aun en las páginas finales de su *Manual de historia y cronología de México* (1858: 292-295) recordaba con nostalgia el esplendor de corte europea que se vivió en los dos años de la última dictadura (1853-1855). Siempre tuvo Arróniz como timbre de orgullo haber sido capitán de lanceros.

Invitado por Lucas Alamán, y traído desde Turbaco, Colombia, un pueblo próximo a Cartagena de Indias, por el general Antonio de Haro y Tamariz, Santa Anna asciende a la presidencia, que sería la última, el 20 de abril de 1853. Alamán y Haro serían ministros de Santa Anna, pero por brevísimo tiempo: Alamán muere un mes y medio después, el 2 de junio, y Haro renuncia a su ministerio en el curso del año a causa de un artículo terrible donde denuncia la corrupción en el gobierno, lo que le cuesta la persecución sañuda de Su Alteza Serenísima. Según los historiadores, Alamán era el único contrafuerte real para los excesos de

⁷ Entre las bibliotecas de la época que menciona en su *Manual del viajero en México* se hallan la de la catedral, la de la universidad, la del Colegio de San Ildefonso, la de San Gregorio y la de San Juan de Letrán. Entre todas llegarían apenas a 40 000 volúmenes.

de rugosa, su mirada va-
Al ver al amigo vestido
namente, en alusión a
Le hacía fruncir el ceño
"Byron" por la devo-
tor del *Don Juan*, pero
otrenombre. Introverti-
casamente. Cuando no
elegancia".

ue su padre poseía una
stia a las pocas biblio-
a época.⁷ Altamirano
ata "por su educación
es". Al parecer Altami-
s: todos o todos, que
y hombres ilustres me-

de *biografía mexicana*,
oniz fue un fiel admi-
de su *Manual de histo-*
raba con nostalgia el
dos años de la última
como timbre de orgullo

urbaco. Colombia, un
general Antonio de Haro
que sería la última, el
nistros de Santa Anna,
tes y medio después, el
a curso del año a causa
ción en el gobierno, lo
Serenísima. Según los
rea para los excesos de

Manual del viajero en
Colegio de San Ildefonso,
legaban apenas a 40 000

Santa Anna; desde junio de 1853 nadie se contrapondría a su despotis-
mo. De entrada, el 25 de abril promulga la Ley Lares que censura a la
prensa. Como reacción, *El Siglo Diez y Nueve* se dedica durante los dos
años de la autocracia sólo a publicar secciones de literatura y variedades.
En cambio *El Monitor Republicano*, por dicha ley, como recuerdan Mi-
guel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, es suspendido, "la imprenta
destruida y el impresor desterrado" (358). Igual que José Bernardo
Couto, José Joaquín Pesado y su amigo Francisco González Bocanegra,
Arróniz estuvo del lado del despotismo santanista de relumbrón y quin-
calla. En su "Oda", leída en el Gran Teatro de Santa Anna el 15 de sep-
tiembre de ese año y publicada en *El Siglo Diez y Nueve* tres días des-
pués, Arróniz hace un gran elogio de Miguel Hidalgo, "el anciano
ilustre de Dolores, / el fiel ministro del Señor del cielo", enaltece a Itur-
bide, "el héroe juvenil" que en Iguala enarboló la bandera tricolor, y fi-
nalmente a Santa Anna, "el zempoalteca", que en julio y agosto de
1829, en Tamaulipas, a las orillas del río Pánuco, expulsó a los españo-
les en una batalla, que aun historiadores y biógrafos conservadores, con-
sideran de igualdad dudosa.⁸

En vano el español vuelve al combate
Que la altivez abate
Del Pánuco en las márgenes floridas
El Zempoalteca impávido guerrero,
El golpe de su acero
Sella de nuestra patria la existencia
Y entusiasmado el pueblo lo saluda
Juntando con su nombre
Mil vivas a la Santa Independencia.

⁸ Sobre esta batalla dudosa, aun un historiador conservador, el chihuahuense José Fuentes Mares, quien describe las impericias y debilidades del contingente invasor encabezado por Isidro Barradas, se permite esta conclusión: "La primera piedra del monumento, coronado el día 11 [de agosto] con la rendición incondicional del enemigo, se labraba entonces. Triunfaba sobre un incapaz, como luego fue su costumbre. El mundo es de los audaces, pudo decir entonces, sobre todo cuando los audaces actúan entre la tontería de los demás. La gloria del audaz Antonio, por ejemplo, fue sobre todo producto de la imbecilidad ajena". Los historiadores conservadores, desde Alamán hasta Vasconcelos, no fueron menos despiadados con él.

Si la leyó en fecha tan significativa y en el Gran Teatro Santa Anna, podemos creer que ya era visto como uno de los poetas del régimen.

“El Canto del Lancero”, dedicado al regimiento de Lanceros de la Guardia, donde firma al calce como “capitán de la tercera compañía”, se publica también en el diario *El Siglo Diez y Nueve* el 30 de octubre de 1853. Curiosamente el Canto de Arróniz está escrito unas semanas antes de que su amigo Francisco González Bocanegra redactara el *Himno Nacional*, poema con el que tiene alguna semejanza en estrofas. “El Canto del Lancero” es un llamado a los mexicanos para combatir con valor al “pérfido extranjero”, al “vándalo invasor”, al “sajón infiel”, en fin, al ejército estadounidense. Apenas en agosto, poco antes de publicar su poema patriótico, oh ironía histórica, Santa Anna había enviado una carta al jefe de la legación en Madrid, José María Gutiérrez Estrada, para que negociara la traída de un príncipe español, con el fin de que gobernara México, con el apoyo de España, Francia e Inglaterra, y asimismo negociaba con los Estados Unidos el Tratado de La Mesilla, que se firmaría en 1854, y el cual nos haría perder otro gran tajo de territorio. Los Estados Unidos, cuyo ejército había ocupado La Mesilla, quería aquella gran porción de tierra para construir el ferrocarril este-oeste. En un momento de altivez nacionalista, Arróniz dice en el poema:

Y entonces servirá de vil alfombra
El altivo pendón de las estrellas.

En un bello y melancólico soneto de su amigo Luis Gonzaga Ortiz, con el significativo título “Al Capitán de Lanceros de la Guardia Marcos Arróniz pidiéndole versos para un álbum”, Ortiz le requiere dejar las armas del soldado y retomar la lira apolínea. El contenido parece una respuesta no pedida a versos que Arróniz escribió en su Canto:

¡Mi lanza! ¡Mi bridón! Nunca os trocara
Por todos los tesoros de la tierra.

En cambio, el joven Ortiz le pide que olvide bridones, sable y lanza y que Apolo le ciña otra vez en la frente el laurel por sus canciones.

En esos años de “grandes festividades religiosas” y de “saraos de palacio”, cuando políticos y ricos magnates viven su gran momento de

Teatro Santa Anna,
 los poetas del régimen.
 ciento de Lanceros de la
 de la tercera compañía”,
 el 30 de octubre
 ta escrito unas semanas
 Bocanegra redactara el
 una semejanza en estro-
 los mexicanos para com-
 nado invasor”, al “sajón
 as en agosto, poco an-
 histórica, Santa Anna
 en Madrid, José María
 de un príncipe español,
 po de España, Francia
 los Unidos el Tratado
 los haría perder otro
 ejército había ocupa-
 uerra para construir el
 nacionalista, Arróniz

to Luis Gonzaga Ortiz,
 de la Guardia Marcos
 le requiere dejar las
 contenido parece una
 en su Canto:

rocara

ndones, sable y lanza
 por sus canciones.
 as” y de “saraos de pa-
 el gran momento de

artificio, cuando Santa Anna aplica la censura periodística y acepta en diciembre de 1853 la designación de Alteza Serenísima, y el pueblo tiene que pagar impuestos hasta por tener ventanas y perros, Juan Álvarez en el sur declara el Plan de Ayutla el 1º de marzo de 1854. Santa Anna se dirige a Acapulco, sitia el fuerte de San Diego, que defienden las tropas encabezadas por Ignacio Comonfort, pero después de 12 días de esfuerzos inútiles se retira. Santa Anna regresa a México en mayo.

El 12 de enero de 1855 el poeta y dramaturgo español José Zorrilla había llegado a Ciudad de México. En el Hotel del Bazar, de la calle de Espíritu Santo (Isabel la Católica), el Conde de la Cortina lo presenta en un banquete de gala con hombres de letras y políticos. Sin tanta presunción ni pretensión, una semana después, el día 21, un grupo de jóvenes, varios del Liceo Hidalgo, le ofrece un convite en el Tívoli de San Cosme. Se conservan piezas líricas de bienvenida de González Bocanegra, Luis G. Ortiz y Casimiro del Collado. También brindaron Francisco Zarco, en prosa, y Sebastián Segura, José María Roa Bárcena, Félix María Escalante, Emilio Rey, Juan Miguel de Losada y el propio Marcos Arróniz, en verso; no conocemos la pieza de Arróniz. Durante su prolongada estancia en México, a Zorrilla siempre lo perseguirían unas quintillas, escritas contra México y Santa Anna por un antiguo amigo suyo, el poeta dramaturgo Antonio García Gutiérrez, pero atribuidas muchas veces a él. Recordemos las que tienen como destinatario al tirano y al país:

¡Pobre gente mexicana!,
 se dice republicana
 por sarcasmo o por baldón,
 y se encaja por guión
 un gallero de La Habana.

¡Y detesta nuestro trono,
 nuestro regio pabellón,
 quien tiene por dueño un mono
 vestido de Napoleón!
 ¡Bufar rencillas y encono!

En sus *Memorias del tiempo mexicano*, Zorrilla cuenta cómo fue llamado inmediatamente a dar explicaciones el 27 de enero de ese 1855

por el gobernador del Distrito Federal Antonio Díez de Bonilla, hermano del ministro de Relaciones Exteriores, y detalla la visita al día siguiente a Santa Anna en Palacio Nacional. En los años que restaban de la década, Zorrilla viviría como huésped dilecto de los ricos en la Ciudad de México, principalmente en casa del Conde de la Cortina, y en haciendas vecinas. En 1864 Maximiliano lo designa “director del teatro en México, lector particular y le otorga la Orden de Guadalupe”⁹ (15).

En su artículo “La crítica literaria” de 1851 (*La Ilustración Mexicana*: 49-51) no sólo se percibe que Arróniz había leído muy bien a Zorrilla, sino que lo admiraba profundamente, al grado de ponerlo al lado de Byron como ejemplo de grandes poetas, con quienes los críticos envidiosos, se habían ensañado lastimándolos hasta el alma. Si no íntimo, debió existir un correcto trato amistoso entre ambos, porque cuando Zorrilla edita en 1855 su libro acerca de sus dos años en México (*La flor de los recuerdos*), al hablar de los poetas mexicanos, refiere que había prometido a Arróniz escribir el prólogo de su primer libro de poemas.

Derrotado, Santa Anna huye de la Ciudad de México el 9 de agosto de 1855. Martín Carrera asume el interinato,¹⁰ pero triunfante el Plan de Ayutla, Carrera es sustituido el 4 de octubre por Juan Álvarez. El *Rojo* Álvarez (así lo llamaban los conservadores por su radicalismo) no dura mucho. Siendo casi inmanejable la situación, el 12 de diciembre asciende a la presidencia Ignacio Comonfort.

El ex ministro de Santa Anna, Antonio Haro, se rebela con otros generales conservadores y redactan el Plan de Zacapoaxtla contra el gobierno liberal de Comonfort. El 7 de marzo de 1856 se libra la llamada batalla de Ocotlán. En la *revolución* (curiosamente la llama así Arróniz en su *Manual de historia y cronología de México*) que encabezó el propio Haro, Comonfort, aun con fuerzas mucho menos numerosas (se habla de cuatro por uno), derrota a los conspiradores y los obli-

⁹ En 1867 es fusilado Maximiliano. Si Zorrilla no escribe las quintillas contra Santa Anna y México en los años cincuenta, publica entonces *El drama del alma*. En una octava se lee: “¡Ojalá seas yankee y luterana!/ porque para llegar hasta ese día/ has de arrojar la lengua castellana,/ la religión del hijo de María/ y tu ruin libertad republicana/ en el vil lodazal de tu anarquía:/ y sin fuerza, sin honra y sin altares,/ entregarás al yankee tus hogares”.

¹⁰ En su *Manual de historia y de cronología de México*, Arróniz recuerda que acompañó a Martín Carrera en 1854 como edecán a Morelia.

Diez de Bonilla, her-
 etalla la visita al día si-
 años que restaban de
 de los ricos en la Ciu-
 de la Cortina, y en
 gna "director del teatro
 de Guadalupe"⁹ (15).

La Ilustración Mexicana
 lardo muy bien a Zo-
 grado de ponerlo al
 con quienes los críti-
 hasta el alma. Si no
 entre ambos, porque
 de sus dos años en
 s poetas mexicanos, re-
 prólogo de su primer

de México el 9 de agos-
 pero triunfante el
 por Juan Álvarez.
 por su radicalismo)
 el 12 de diciem-

se rebela con otros
 Zacapoaxtla contra el
 de 1856 se libra la lla-
 mamente la llama así
El Monitor que encabezó
 menos numero-
 conspiradores y los obli-

de las quintillas contra
El drama del alma. En
 llegar hasta ese día/ has-
 tu ruin libertad repu-
 sin altares,/ entrega-

recuerda que acom-

ga a capitular 17 días después. Al final del libro el propio Arróniz describe la batalla y cuenta con orgullo su valerosa participación como soldado de caballería. En Arróniz hubo una clara dicotomía: valiente en el combate fue, en cambio, un ser sensible y frágil, como "planta exótica y triste", en la vida diaria. O dicho de otra manera, se conjuntaron en su persona el hombre de acción y el contemplativo: un hombre de pasiones y un desamparado.

Si nos ceñimos a los recuerdos de Altamirano en su prólogo de 1882 a las *Pasionarias* de Flores, Arróniz es hundido poco después de la batalla de Ocotlán en la cárcel bajo el cargo de conspiración. Por lo que escribe en el último párrafo de su *Manual de historia y cronología de México* sabemos que lo redacta en la estricta celda donde se encontraba; muy seguramente escribió allí su *Manual de biografía mexicana*, cuyo prólogo lo fecha en octubre de 1856, cuando ya se encontraba en libertad.¹¹ ¿Pero la prisión que describe es un hospital de dementes, como dice Luis G. Ortiz en su prólogo de 1875, o es sólo una cárcel común, como sugiere Altamirano en 1882? ¿O pasó por una "estrecha prisión", como dice el mismo Arróniz, y también por un cuarto de guillados? Al comentar las visitas a su celda, Ortiz escribe que lo ayudaban en sus traducciones de Byron. No hay huella de traducciones de esos días; si ocurrió así, las traducciones se perdieron. Tenemos la impresión de que los recuerdos de Ortiz son inciertos cuando se trata de detalles muy precisos.

No debió padecer demasiado el encierro carcelario, decíamos, porque Ortiz recuerda que en ese 1856 se reunían casi todas las tardes los cuatro jóvenes, ex miembros del Liceo Hidalgo, en las oficinas del diario *El Monitor Republicano*, situado en la casa número 3 de la calle San Juan de Letrán: Francisco González Bocanegra, Arróniz, Ortiz y Castillo: dos conservadores y dos liberales unidos por una amistad entrañable más allá de las ideologías. El editor del diario era el silencioso y explosivo, irónico y entrañable, Florencio M. del Castillo, alias Genio, quien así se bautizó a sí mismo, y así los amigos le decían, tal vez

¹¹ No es difícil inferir esto porque, como se verá de inmediato, Arróniz asiste en septiembre a la puesta en escena del drama de su amigo González Bocanegra y el 4 de octubre publica la reseña sobre la obra teatral. Por lo que se colige de sus líneas críticas acerca de Bocanegra en su libro *La flor de los recuerdos*, Zorrilla asiste a la obra, pero no se contagia del entusiasmo de Castillo y Arróniz.

para seguirle la corriente. Luego de salir del diario, recuerda Ortiz, los cuatro jóvenes salían a pasear por las calles o a sentarse en una banca de la Alameda, donde la literatura y las bromas entre ellos eran el nudo central de las conversaciones.

El 14 de septiembre se estrena en el Teatro Iturbide el drama histórico de su amigo González Bocanegra, *Vasco Núñez de Balboa*. El 18 de ese mes, Castillo anuncia en el periódico la repetición de la puesta en escena del drama y dijo lo normal del caso para cuidarse la espalda: una cosa es la amistad y otra la belleza de la obra. “Uniéndonos una íntima amistad con el señor González Bocanegra, no habíamos querido emitir un juicio de la obra, porque no se creyera que era la amistad la que hablaba”. Prometía publicar algo en los días próximos. Tres días después lo hace y destaca el “muy buen éxito” de la segunda puesta en escena. “El autor fue llamado por dos veces a la escena y obtuvo una corona del público”. Quien escribe también una reseña de la obra en el *Monitor* es Arróniz, pero no se publica hasta el 4 de octubre. Igual que Castillo, Arróniz parece haber asistido sólo a la segunda representación. Es la única reseña teatral que le conocemos y, hasta donde sabemos, la única colaboración que redactó para ese periódico. Después de contar casi en detalle las minucias de la trama, Arróniz termina con una exaltación de la obra, señalando al margen un par de deficiencias, y con el pronunciamiento habitual: la obra es notable pese a la amistad que une al crítico con el autor. También en octubre de 1856, Arróniz termina su *Manual de biografía mexicana*, o al menos, lo fecha así al final del prólogo.

No sin dolor Arróniz escribe al final del *Manual de historia y cronología de México* lo que ha sucedido políticamente en el país hasta 1857.

El gobierno de Comonfort siguió con firmeza por la senda que había comenzado. La ley Juárez extinguió los fueros; por la llamada Lerdo se intervino en los bienes eclesiásticos; Iglesias dio una sobre la rebaja de obvenciones parroquiales; se han formado calles al través de los conventos, con otras providencias de este género, y llevado a efecto la ley sobre fueros en personas de alta jerarquía y de la clase más privilegiada de la sociedad.

Sin embargo, hacía notar que el país no avanzaba, las conspiraciones se sucedían sin término y entre hermanos la sangre continuaba derramándose.

diario, recuerda Ortiz, los
a sentarse en una banca
comas entre ellos eran el

o *Iturbide el drama histó-*
Núñez de Balboa. El 18
la repetición de la puesta
para cuidarse la espalda:
obra. "Uniéndonos una
egra, no habíamos queri-
revera que era la amistad
los días próximos. Tres
rito" de la segunda pues-
eces a la escena y obtuvo
en una reseña de la obra
ista el 4 de octubre. Igual
o a la segunda represen-
temos y, hasta donde sa-
ese periódico. Después
ma, Arróniz termina con
n un par de deficiencias,
e notable pese a la amis-
en en octubre de 1856,
ma o al menos, lo fecha

Manual de historia y cronolo-
en el país hasta 1857.

za por la senda que había
s, por la llamada Lerdo se
do una sobre la rebaja de
alles al través de los con-
o, y llevado a efecto la ley
e la clase más privilegiada

anzaba, las conspiracio-
a sangre continuaba de-

Al principio de su entrañable prólogo a las *Pasionarias* de Flores, Altamirano evoca al grupo de alumnos que formaban la tertulia en su cuarto del Colegio Nacional de San Juan de Letrán entre los años 1857 y 1858, y el cual seguía en el Congreso las discusiones sobre la Constitución, la redacción de la Carta Magna y el principio de la terrible y sanguinaria Guerra de Reforma. Altamirano estudiaba Derecho en el Colegio. Esa habitación de pobre se convertía "en redacción de periódico, en club reformista o en centro literario". Formaban el grupo, con Altamirano, otros jóvenes liberales, como José Rivera y Río, Juan Mateos, Manuel Mateos, Juan Díaz Covarrubias, Alfredo Chavero, Emilio Velasco, Juan Doria y Manuel M. Flores. Entre los invitados, unos años mayores que ellos, se hallaban los liceístas Marcos Arróniz y Florencio María del Castillo. En una página inolvidable, Altamirano habla con lúcida y emotiva comprensión del talento poético y de las excelencias de traductor de Arróniz, de su credo político y de su equivocada valentía, de su paso por la cárcel y de sus hundimientos psíquicos, de su tristeza sin fondo y de su muerte espantosa. Transcribo la página:

Marcos Arróniz, el apasionado cantor de *Herminia*, el excelente traductor del *Don Juan*, de Byron, que acababa de trocar su lira melodiosa por el sable reaccionario de Puebla, y que aprehendido después como conspirador, había sido encerrado en una prisión, donde, como el Tasso, había comenzado a perder el juicio. Él me pagaba las visitas hechas en su cárcel y asistía a nuestras reuniones melancólico y abatido, pero siempre hablando de poesía, con su sonrisa triste y su palabra fácil y elegante, que vibraba como si quisiese traducir la amarga pena que revelaba en sus ojos profundos. ¡Pobre Marcos! Poco tiempo después, pero en aquellos mismos días, se encontró su cadáver en el camino de Puebla, junto al Agua del Venerable, sin saberse cómo ni por qué estaba allí. Sospechóse un suicidio. Tal vez. Pero se dijo también que caminando Arróniz, solo, por aquellos bosques plagados entonces de bandidos, pudo más probablemente ser asesinado por éstos. Así murió uno de los más inspirados poetas de México, el aristócrata entre ellos por su educación europea, por sus hábitos y aun por sus opiniones. Nosotros, revolucionarios y demócratas, respetábamos siempre sus ideas, de que por otra parte se abstenía de hablar en presencia nuestra, y respetábamos más su desgracia y su talento, nublado ya por la demencia. Arróniz había empapado su poesía en la poesía de Byron. El gran poeta inglés era su modelo, su maestro, su favorito. Como él era

hermoso, enfermizo y escéptico; como él, había amado mucho y había sufrido tremendos desengaños; como él también, manejaba bien las armas; pero al contrario de él, no amaba la Libertad, al menos la combatió sirviendo al dictador Santa Anna contra el pueblo, y se expuso después a todos los peligros, peleando valerosamente en la batalla de Ocotlán al lado de la reacción. Fueron varios los esfuerzos de su gran amigo Zarco para atraerlo a nuestras filas. Estaba en la desgracia y rehusó, hasta que se trastornó su cerebro. ¡Pobre Marcos!” (Altamirano en Flores 1882: 16).

Si, como dice Altamirano, Arróniz murió “poco tiempo después, pero en aquellos mismos días”, debió haber sido diciembre de 1857, porque a fines de ese año “estalló la guerra civil en Ciudad de México, que se prolongó hasta enero de 1858”, y el club de los jóvenes “revolucionarios y demócratas”, ante el incendio del país, ya no pudo reunirse, “y trabajos tuvimos los estudiantes lateranos para sustraernos a las suspicacias de la policía”.

¿Pero encontraron el cuerpo? ¿Por qué, si lo encontraron, no se dieron cuenta de si fue un suicidio o un asesinato? ¿O le falla la memoria a Altamirano? En su elegía a Arróniz, escrita poco después de la muerte del amigo, Díaz Covarrubias anota que el cuerpo no fue hallado:

Hasta tumba cristiana te ha faltado,
y tu cuerpo marchito y destrozado,
en medio del camino yacerá.

¿Quién tiene la razón? Al final de su elegía, Díaz Covarrubias dándole la despedida, alude de nuevo al cuerpo no hallado:

La eternidad tu alma ha recogido,
pero yo aquí, en el mundo, no te olvido,
¡hasta el cielo, poeta, adiós, adiós!

Cuando el jovencísimo Díaz Covarrubias escribía esto, el encuentro con el amigo más allá de la vida parecía lejano; Covarrubias estudiaba en la Escuela de Medicina; no imaginaba que muy pronto, en el pueblo de Tacubaya, el 11 de abril de 1859, por órdenes del general conservador Leonardo Márquez, quien no respetaría médicos ni civiles des-

era amado mucho y había
bien. manejaba bien las ar-
metad. al menos la comba-
e pueblo, y se expuso des-
ramente en la batalla de
los esfuerzos de su gran
Estaba en la desgracia y re-
de Marcos!" (Altamirano

poco tiempo después,
do diciembre de 1857,
en Ciudad de México,
de los jóvenes "revo-
del país, ya no pudo re-
eranos para sustraernos a

encontraron, no se die-
O le falla la memoria
poco después de la muer-
cuerpo no fue hallado:

ado.
ado

a. Díaz Covarrubias dán-
hallado:

do.
te óvido,
ti'

escribía esto, el encuentro
Covarrubias estudiaba
e muy pronto, en el pue-
rdenes del general conser-
a médicos ni civiles des-

pués de la batalla, sería sacrificado. Hasta poco antes de su muerte, en 1867, el general Miguel Miramón, que estuvo en Tacubaya, trató de deslindarse del ignominioso hecho. En una de las crónicas más minuciosamente intensas del siglo XIX, Francisco Zarco recobró la matanza e Ignacio Ramírez escribió un poema, lleno de rencor y furia, que se lee con un estremecimiento.

La década de los cincuenta del siglo XIX fue de degradación política y putrefacción moral.¹² Guerras fratricidas, golpes de estado, pronunciamientos, interinatos, el último regreso de Santa Anna, la sublevación de Antonio Haro, luchas ideológicas entre los mismos liberales, la Constitución de 1857, la Guerra de Reforma.

Todo preparaba la intervención de una potencia extranjera.

Por fortuna, en un caso raro o verdaderamente excepcional en la historia de nuestras letras, Arróniz nos trazó literariamente la Ciudad de México donde vivió. Lo hizo dos veces. Publicada en el *Presente amistoso*, la primera es una estampa, y data de septiembre de 1851;¹³ en ella describe la ciudad a ojo de pájaro, viendo desde las torres de catedral

¹² Los jóvenes poetas e intelectuales, de uno y otro bando, caían a puños. En 1882 Altamirano hace un recuento de los caídos *sólo* de su grupo: "Marcos Arróniz, suicida o asesinado en 1857; Manuel Mateos y Juan Díaz Covarrubias, fusilados en Tacubaya en 1859; Florencio del Castillo, muerto del vómito en Ulúa, donde lo habían encerrado los franceses en 1863; Miguel Cruz Aedo, asesinado en Durango en el año de 1860; Juan Doria, el heroico batallador del Cimatario en 1867, muerto del corazón, en 1870, y Mirafuentes, muerto en el gobierno del Estado de México, en 1880".

¹³ Causa angustia el que paisajes y edificios que Arróniz describe —los lagos de Texcoco y de Chalco, los valles entre los pueblos, múltiples iglesias y conventos, el Teatro Nacional— han desaparecido para siempre. A sus ojos la ciudad, gracias a los juegos de la niebla, surge como un teatro, donde aparecen y desaparecen escenarios, o como cuadros campestres y citadinos hechos por un imaginativo pintor. Hacia el poniente la mirada del joven va fijando el Castillo de Chapultepec, el bosque, Tacubaya "con sus casas elevadas y el convento de San Diego", Mixcoac y San Ángel con sus árboles y campos y casas y torres; hacia el oriente, la niebla lo engaña, y le hace creer que se ha transportado mágicamente hacia unas playas donde el mar avanza. Al volver la mirada al norte se le figura que la Colegiata de Guadalupe se desvanece gradualmente, "juntamente con sus cerros salvajes". En días claros, se pueden ver, al oriente, los volcanes al pie de los lagos, y al sur, en el profundo sur, con Tlalpan quieto, el Pedregal sombrío, y al fondo, la masa oscura del Ajusco. La vista va siguiendo los pueblos del sur, y salpicados aquí y allá, haciendas, molinos, calzadas de árboles y colinas, campos de maíz y de trigo.

hacia las cuatro orientaciones de la tierra; la segunda, infinitamente más laboriosa, es el espléndido *Manual del viajero en México*, que se editó en 1858.

Para describir la Ciudad de México, Arróniz consultó documentos de la época pero asimismo la caminó numerosamente. Aquella Ciudad de México tenía aproximadamente 200,000 habitantes y se circunscribía a lo que es hoy el centro histórico y barrios aledaños; lo demás eran pueblos (Tacubaya, Mixcoac, San Ángel, Coyoacán, Tlalpan, Xochimilco) y caseríos. La ciudad que describe en el segundo capítulo de su manual son calles empedradas, rectas y amplias, dos acueductos que surtían de suficiente agua, casas que debían pintarse con colores claros, decenas de iglesias y conventos, quince mesones, diez hospitales, La Lonja,¹⁴ cinco sitios de coches, un establecimiento de diligencias para viajar al interior de la república, tres paseos (Bucareli, La Viga y, el más antiguo, la Alameda), varios teatros (Santa Anna, Iturbide, Principal, Oriente, Nuevo Méjico, Arsinas y Puerto Nuevo), dos plazas de toros (San Pablo y Paseo Nuevo), cuatro mercados (Volador, Iturbide, Santa Catarina y Villamil), cafés de importancia (Progreso, Bella Unión, La Gran Sociedad, Bazar),¹⁵ la universidad, la Escuela de Medicina, los colegios (San Juan de Letrán, San Ildefonso, Minería, Militar, de Niñas), la Academia de San Carlos (consagrada a las bellas artes), las bibliotecas (catedral, universidad, San Ildefonso, San Gregorio y San Juan de Letrán), el Museo Nacional, correos, telégrafos, cervecerías, zapaterías, mercerías, herrerías, cerrajerías, plomerías, tapicerías, panaderías, pastelerías, dulcerías, lecherías, inclusive una tintorería francesa...

En el capítulo III del manual, Arróniz se ocupa de personajes y trajes. Destaca los gritos de los vendedores de la mañana a la noche: al amanecer, los del carbonero y el mantequillero; en la mañana, los del carnicero, los de la vendedora de sebo, los de la india que permuta su mercancía, y los del buhonero y el frutero y la vendedora de gorditas; al mediodía, las lamentaciones, voces y gritos del mendigo y del ciego cantor, las voces de la india que merca la melcocha y las voces del que-

¹⁴ Lugar en la alcaldía o ayuntamiento donde se reunían los comerciantes.

¹⁵ En una célebre crónica publicada en *La Ilustración Mexicana* en diciembre de 1850, Fernando Orozco y Berra contaba de manera muy agradable sobre los cafés que iba visitando un amanecer, en especial el café del Progreso ("Revista del desayuno").

segunda, infinitamente
viajero en México, que se

consultó documentos de
 mente. Aquella Ciudad
 pitantes y se circunscri-
 alrededores; lo demás eran
 Tacán, Tlalpan, Xochi-
 segundo capítulo de su
 los dos acueductos que
 pintarse con colores cla-
 sesones, diez hospitales,
 miento de diligencias
 Bucareli, La Viga y,
 Santa Anna, Iturbide,
 Puerto Nuevo), dos pla-
 mercados (Volador,
 importancia (Progreso,
 versidad, la Escuela de
 San Ildefonso, Minería,
 consagrada a las bellas
 Ildefonso, San Grego-
 correos, telégrafos, cer-
 rías, plomerías, tapice-
 inclusive una tintorería

pa de personajes y tra-
 mañana a la noche: al
 en la mañana, los del
 ndia que permuta su
 vendedora de gorditas;
 el mendigo y del ciego
 na y las voces del que-

an los comerciantes.

México en diciembre de
 grable sobre los cafés que
 Revista del desayuno”).

sero, del dulcero y de los loteros “de la fortuna popular”; en la tarde, llenan el aire “el fúnebre lamento del nevero” y los voceos de las indígenas que menudean elotes y nueces, y en la noche, los pregones de los vendedores de castañas, de las pateras y las juileras.

Para Arróniz, el traje femenino más romántico, el más apropiado para las mujeres, lo representaba la unión de la saya y la mantilla. “Cuando se acompaña con el vestido de terciopelo de colores serios, en vez del raso, forma un contraste muy bello la ligereza aérea de la mantilla con el relieve blando de la saya”. Y añade triste e inolvidablemente: “Así hemos visto a nuestra amada, y nos pareció la más bella y poética personificación del Alba: el arco noble de su frente y sus azules y luminosos ojos, la luna con sus luceros, saliendo de entre las nubes blancas de la blonda, que esclarecía al oscuro vestido, imagen de la noche”.

La clase alta sigue la moda parisiense. Luego pasa, dice, “de los trajes elegantes a los vulgares, es decir, de la poesía a la prosa”, y describe los muy mexicanos del aguador, del rancharo y de la china. Y concluye: “Los demás trajes son comunes a todos los países”.

Y termina describiendo celebraciones con características muy mexicanas como el día de muertos, las posadas y la semana santa, y por otro lado, los días de campo, los paseos en burro, los entierros y las fiestas (el toreo y el jaripeo).

En su *Manual del viajero en México o compendio de la historia de la ciudad de México*, Arróniz hizo hincapié en que el gran modelo para los miembros del Liceo Hidalgo fue la Academia de Letrán, pero que el grupo se cuidó de no repetir ni copiar sus errores. El grupo del Liceo tomó en cuenta también como antecedente notable el Ateneo, fundado en 1843, donde departía lo mejor de la intelectualidad del país, el cual contaba con todos los apoyos, pero que “no tardó mucho en cerrar sus puertas, viniendo a probar con un nuevo ejemplo la versatilidad y falta de constancia del carácter mexicano, que acomete con ahinco y entusiasmo cualquier empresa, para abandonarla después con la mayor indiferencia”.

En el capítulo IV del antedicho *Manual*, Arróniz da en cosa de cuarenta páginas una visión panorámica de la poesía y la literatura mexicanas: la época prehispánica, la colonia y las casi cuatro décadas de independencia: desde Nezahualcóyotl hasta sus compañeros de generación del Liceo Hidalgo. Mucho antes que Prieto dejara constancia del méto-

do y la práctica de trabajo de las reuniones en la Academia de Letrán en sus *Memorias de mis tiempos*, Arróniz precisaba con buena información:

Entre las convulsiones de nuestra patria, que no ha gozado por mucho tiempo de las dulzuras de la paz, tuvo lugar un acontecimiento muy favorable al progreso de nuestras letras, quiero decir, la apertura de la Academia de Literatura de San Juan de Letrán. Allí, sin esos molestos reglamentos, sin la prosopopeya de los cuerpos literarios, sin esas jerarquías, se reunía una sociedad de amigos de las letras, donde se revisaban las composiciones presentadas, se las depuraba en el crisol del buen gusto y recibían la lima de la corrección. Allí se discutía sobre las reglas de lo bello y lo sublime, se citaban ejemplos de los grandes modelos y se analizaban las diferentes escuelas. Era una verdadera república literaria en que no había más jerarquía que la del talento, ni más fueros que la razón.

Una sola adición a lo dicho por Arróniz: no fue sólo academia de literatura; en los tres o cuatro años de actividades se leían y discutían también (basta leer la lista de miembros), asuntos científicos, históricos, jurídicos, religiosos.

Sin embargo, Arróniz sólo pone como “frutos muy lozanos de esta corporación” a Fernando Calderón y a Ignacio Rodríguez Galván. José Joaquín Pesado, Manuel Carpio y José María Lacunza, a quienes menciona antes de escribir el párrafo sobre la Academia, aparecen más como antecedentes que como miembros activos de la asociación, ignorando que Lacunza fue no sólo el fundador sino su primer presidente. Correctamente apunta que Calderón leyó en la Academia sus mejores piezas líricas y preparó la vía para sus piezas dramáticas, de las cuales Arróniz opina con entusiasmo, diciendo, por ejemplo, que en ellas se halla “la fecundidad de su inventiva y todo el calor de su sentimiento”. En cambio, pese a considerarlo un “fruto muy lozano”, Rodríguez Galván apenas sale vivo del desolladero: lo reconoce como introductor del drama histórico nacional (*Muñoz visitador de México* y *El privado del Virrey*), pero dice que estas obras “resienten de la inexperiencia de la juventud, de la esquivez de la fortuna y de [la] falta de estímulos, [pero] si están lejos de la perfección, son una prueba de sus felices disposiciones”. Arróniz confunde en momentos la difícil vida personal con los resultados de la obra: ¿qué tienen que ver como valores artísticos la “esquivez de la fortuna” y la “falta de estímulos”? Como poeta

la Academia de Letrán en
con buena información:

no ha gozado por mucho
un acontecimiento muy
decir, la apertura de la
Allí, sin esos molestos
literarios, sin esas jerar-
letras, donde se revisa-
depuraba en el crisol del
Allí se discutía sobre las
de los grandes mo-
Era una verdadera repúbli-
que la del talento, ni más

no fue sólo academia de
se leían y discutían
científicos, históri-

ros muy lozanos de esta
Rodríguez Galván.
Lacunza, a quienes
Academia, aparecen más
de la asociación, igno-
su primer presidente.
Academia sus mejores
dramáticas, de las cuales
ejemplo, que en ellas se
de su sentimien-
"lozano", Rodríguez
como introductor
El México y El privado
de la inexperiencia de
falta de estímulos,
de sus felices dis-
difícil vida personal
es como valores artísti-
"¿cómo?" Como poeta

lirico, Rodríguez sale peor librado: Arróniz juzga que en su poesía "se observa ese ceño, esa palidez, esa duda del romanticismo, pero como la muerte lo arrebató en la flor de su juventud, faltan [...] la magnitud, firmeza y madurez debidas".

Si bien manteniendo serias reservas ante sus desaliños formales y a lo irregular de la calidad de sus piezas líricas, enaltece a Guillermo Prieto y lo destaca "entre los primeros de nuestros poetas", y a continuación, saltándose al siguiente grupo generacional, opina de manera escueta sobre poetas que empezaron a darse a conocer, no como dice en los años significativos de la Academia de Letrán (1836-1839), sino inmediatamente después, en el decenio de los cuarenta: Alejandro Arango y Escandón, los hermanos Segura (Sebastián y Vicente), Félix María Escalante, José María Lafragua y, equivocadamente, Manuel Payno, quien sí perteneció a la primera Academia de Letrán. En su ensayo sobre "La literatura nacional" de 1871, José T. de Cuéllar menciona también como miembros de la Academia, que no lo fueron, a Alcaraz, Arango y Escandón, Casimiro Collado, Lafragua, Esteva, Franco, Castillo Lanzas, Escalante, Esteva y Ulíbarri, Lozano y Segura.

Significativo, simbólicamente, las sesiones del Liceo Hidalgo comenzaron el 15 de septiembre de 1849.¹⁶ La determinación de los jóvenes era clara: conmemorar el grito de independencia y hacer un homenaje a quien dio el grito. Después de la Academia de Letrán, fue, en el tiempo, si nos atenemos a lo dicho por Altamirano, la siguiente asociación más importante. Tal vez sin reparar demasiado, representaron mejor que nadie, como grupo generacional, el segundo romanticismo mexicano. Sin embargo, es una generación escasamente estudiada. Apenas hace unos años, Boris Rosen reunió la obra periodística y literaria de Francisco Zarco, el poeta potosino Joaquín Antonio Peñalosa reunió en un tomo la obra lírica, la pieza de teatro y los discursos de Francisco González Bocanegra y el escritor e investigador Oscar Mata se ha ocupado de las novelas de Florencio María del Castillo. En

¹⁶ Cuéllar suele citar de memoria y no confirmar las fuentes. En su ensayo, "La literatura nacional" (1871), ubica en 1851 el nacimiento del Liceo Hidalgo, y en su artículo sobre el Liceo Hidalgo, lo sitúa en 1853. Ya para 1871, cuando escribe el primer ensayo, habían muerto muy jóvenes los mejores compañeros de su generación: Arróniz, en 1857, González Bocanegra, en 1861, Florencio M. del Castillo, en 1863, y Francisco Zarco, en 1869. Debe recordarse que el Liceo tuvo dos nuevas épocas con nuevos miembros: 1877 y 1892. Duraron lo que las aves de paso.

el seno del Liceo convivían y se avenían conservadores y liberales, pero a todos los unía la idea patriótica de la necesidad de la independencia y arrancarse las cadenas inmóviles del dominio español. Es decir, participaban jóvenes conservadores como Arróniz, González Bocanegra o Sebastián Segura, pero asistían asimismo liberales moderados como Luis G. Ortiz y José T. de Cuéllar y liberales *rojos* (así se les designaba entonces) como Francisco Zarco, o aun casos excepcionales como José María Tornel (1795-1853), quien con insólita versatilidad, igual que su protector Santa Anna, navegó como veleta en los distintos regímenes.

En el Liceo se buscó jerarquizar y organizar. Durante los cuatro años que duró, los presidentes fueron: Francisco Granados Maldonado¹⁷ (1849), Francisco González Bocanegra (1850), Marcos Arróniz (1851) y Francisco Zarco (1852). Si nos atenemos a lo que dice Antonio García Cubas en su *Compendio de la historia de Méjico y de su civilización*, la asociación estuvo jerarquizada de esta manera: Francisco Granados Maldonado, presidente; Mariano María Morali y José T. de Cuéllar, secretarios; vocales, Francisco González Bocanegra, Marcos Arróniz, Emilio Rey, Juan Suárez Navarro, Florencio M. del Castillo, Luis G. Ortiz. Domingo Villaverde, tesorero; miembros: José María Rodríguez y Cos, José María Reyes, Hilarión Frías y Soto, Justo M. Rodríguez, Francisco Aranda, José María Tornel, José Galindo, Fernando de Orozco y Berra, Mariano G. García, Luis Rivero Melo y Fernando Rodríguez Gallaga. Más de la mitad de estos nombres ha quedado borrada en el mapa literario de las generaciones. Un caso curioso: Tornel, quien en ese momento tendría 54 años, es el único miembro de la antigua Academia de Letrán que aparece entre los muchachos del Liceo. Seguramente eso ocurrió porque Tornel era director del Colegio de Minería (lo fue hasta su muerte), lugar donde se efectuaban las reuniones, por el apoyo que dio siempre a los jóvenes talentos, y por su gusto obsesivo por las membresías de las asociaciones artísticas y científicas. Murió el 19 de septiembre de 1853 víctima de una apoplejía. Santa Anna decretó para su infinito ministro tres días de duelo nacional.

¹⁷ En la formación de la Academia de Sócrates, que ya para entonces no existía —escribe Arróniz—, “trabajó infatigablemente el muy apreciable y estudioso literato D. Francisco Granados Maldonado, catedrático de literatura en el Instituto de Toluca, y traductor del *Paraiso perdido* de Milton”. Es decir, el aprecio por el antiguo socio del Liceo Hidalgo se mantuvo con los años.

adores y liberales, pero ad de la independencia español. Es decir, par-González Bocanegra o tales moderados como por así se les designaba excepcionales como José versatilidad, igual que los distintos regímenes. Durante los cuatro años Granados Maldonado¹⁷ Marcos Arróniz (1851) que dice Antonio Gar- de *su civilización*, la a: Francisco Granados d y José T. de Cuéllar, negra. Marcos Arróniz, del Castillo, Luis G. Or- José María Rodríguez y Justo M. Rodríguez, do. Fernando de Oroz- felo y Fernando Rodrí- tes ha quedado borrada rioso: Tornel, quien en bro de la antigua Aca- chos del Liceo. Segura- de. Colegio de Minería an las reuniones, por el y por su gusto obsesivo s y científicas. Murió el leña. Santa Anna decre- zacional.

na para entonces no existía predecible y estudioso literato para en el Instituto de Tolu- aprecio por el antiguo socio

Si en opinión de Guillermo Prieto las diferencias ideológicas resu- taron la causa relevante que llevó a la desaparición de la Academia de Letrán, a juicio de Arróniz ésta terminó disolviéndose por la carencia de bases y de formalidad en los trabajos, en suma, la “falta de organi- zación”. Para evitar eso, en el Liceo Hidalgo existían una estructura je- rárquica y bases claras: había “presidente, secretario, tesorero y biblio- tecario; se levantaban actas de todas las sesiones que tenían lugar los días festivos; sus socios pagaban una corta contribución mensual, y se comenzó a formar una pequeña biblioteca con las dádivas de varias personas”. No queda un solo documento de eso.

El 15 de septiembre de 1850 celebran en el Colegio de Minería el primer aniversario de la fundación del Liceo. Reciben un saludo de fe- licitación del presidente de la república José Joaquín de Herrera, quien les promete protección y apoyo. ¿Los recibieron? Al parecer no, porque Arróniz, en el antedicho *Manual del viajero en México*, se enorgullece de que su grupo generacional no recibió apoyos ni estímulos de nadie, y contra todo, ejercían sus actividades con plausible perseverancia.

Con afecto, pero sin excluir a veces la reprobación, Arróniz opina sobre compañeros del Liceo: al laborioso Francisco Zarco (1829-1969), uno de sus grandes amigos, lo elogia vivamente como escritor satírico; de Luis G. Ortiz (1832-1895) afirma que vuelve galana y ligera a su musa en versos gratos; saluda líricamente a Francisco González Boca- negra (1824-1861) como el “cantor de Elisa” y aplaude al orador que defiende a la patria en la tribuna, pero sobre todo encomia al autor de la pieza teatral *Vasco Núñez de Balboa*, estrenada en septiembre de 1856, de la cual subraya “la belleza de los caracteres y su florida versifica- ción”; a José Tomás de Cuéllar (1830-1894), lo juzga más dotado para la poesía lírica “y en especial para las composiciones de vaguedad, como fantasías y meditaciones”, y a Pantaleón Tovar le insiste que debe seguir probándose en los dramas teatrales.

Arróniz consideraba con razón que la novela en México no había tenido ni de lejos el desarrollo de la poesía; sin embargo en el país emergía una figura, que mereció entonces el aplauso de Zarco y, más tarde, de Altamirano y Ortiz: Florencio María del Castillo (1828-1863). Arróniz enaltece de Castillo sobre todo *Horas de tristeza y Her- mana de los Ángeles*. Con clara razón, Arróniz señala que los autores surgidos de esta camada dieron vida a las publicaciones posteriores en los años cincuenta.

Pero en el Liceo Hidalgo pasó algo semejante a lo ocurrido con la Academia: las discordias políticas y las luchas fratricidas estancaron las actividades intelectuales y artísticas y “fue decayendo hasta su completa clausura”.

Hasta donde sabemos, Marcos Arróniz colaboró principalmente en cinco publicaciones periódicas: tres revistas y dos diarios. Las revistas fueron: *La Ilustración Mexicana*, *El Presente Amistoso* y *Álbum de las señoritas mexicanas*; los periódicos fueron *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*. Como hemos dicho, en este último sólo conocemos una colaboración: la reseña teatral a la obra *Vasco Núñez de Balboa* de Francisco González Bocanegra.

Guadalupe Curiel y Miguel Ángel Castro detallan cómo *La Ilustración Mexicana* mantuvo una periodicidad semanal. Editada e impresa por Ignacio Cumplido, conoció dos épocas: 1851-1852, donde se reunieron tres tomos, y 1853-1855, que reunió los otros dos. La imprenta de Cumplido estaba en calle de los Rebeldes número 2. La mayoría de las revistas tuvieron 24 páginas. Fue el órgano principal de divulgación de los jóvenes del Liceo Hidalgo. El principal director fue Francisco Zarco. Entre los colaboradores se contaban miembros del Liceo como el mismo Zarco (1829-1869), Marcos Arróniz (?-1857), Francisco González Bocanegra (1824-1861), José T. de Cuéllar (1830-1894), Fernando Orozco y Berra (1822-1851), Francisco Granados Maldonado (?-1872), Luis G. Ortiz (1832-1894), Sebastián Segura (1822-1889), Pantaleón Tovar (1828-1876), Emilio Rey, y miembros de la base de la Academia de Letrán, como Andrés Quintana Roo, quien falleciera en ese 1851, y los infaltables José Joaquín Pesado (1801-1861), Manuel Carpio (1791-1860) y Guillermo Prieto (1818-1897). Igual que en los *Año Nuevo*, el órgano de divulgación axial de la Academia de Letrán, igual que más de una década después en *El Renacimiento* de Altamirano, en *La Ilustración Mexicana* se subrayaba el interés por la divulgación de los asuntos nacionales.

En los años treinta, cuarenta y cincuenta circularon varias revistas dirigidas a las señoritas mexicanas. Según se leía en el editorial, estas publicaciones buscaban deleite e instrucción para las jóvenes de la época. En dos colaboró Arróniz: *El Presente Amistoso* y *Álbum de las señoritas mexicanas*. La primera, la revista *El Presente Amistoso (Dedicado a las señoritas mexicanas)*, la editó Ignacio Cumplido. Era anual. Se

de lo ocurrido con la
trucidadas estancaron las
iendo hasta su comple-

principalmente en
diarios. Las revistas
y *Álbum de las se-*
Diez y Nueve y *El Mo-*
slo conocemos
Méñez de Balboa de

tan como *La Ilustra-*
Editada e impresa
1-1852, donde se re-
dos. La imprenta
2. La mayoría de
principal de divulga-
director fue Fran-
miembros del Liceo
(?-1857), Fran-
de Cuéllar (1830-
Francisco Granados
Sebastián Segura
Rey, y miembros
Andrés Quintana Roo,
José Joaquín Pesado
Gerardo Prieto (1818-
divulgación axial de
ata después en *El Re-*
se subrayaba el

varias revistas
editorial, estas
jóvenes de la
Álbum de las se-
Amistoso (*Dedicado*
Era anual. Se

publicaron tres tomos: uno, en 1847; los otros dos en 1851 y 1852. Durante tres años dejó de aparecer a causa de la guerra y las secuelas de la contienda con Estados Unidos, y luego de 1852, volvió a dejar de circular, como en el caso de *La Ilustración Mexicana*, por el difícil momento político. Como en *La Ilustración*, publicaron en 1851 y 1852 en el *Presente Amistoso*, además de Arróniz, casi todos los miembros del Liceo Hidalgo: González Bocanegra, Zarco, Cuéllar, Rey, Ortiz, Granados Maldonado, y para qué repetirlo, Carpio, Pesado y Prieto. “Los tres tomos —escriben Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel— constituyen una obra maestra de la tipografía mexicana, pues constan de hermosos grabados en acero escogidos por Cumplido en talleres de Europa. Entre sus objetivos se contaban difundir la cultura de una manera agradable (como siempre), pero con aspectos novedosos: mostrar ‘los adelantos de la litografía y del arte tipográfico’ ” (356).

Entre 1850 y 1852 circuló el semanario *La semana de las señoritas mexicanas*, editado por Juan R. Navarro, donde entre secciones como últimas modas de París, artículos religiosos, mejores piezas de música y economía doméstica, o transcripciones de poetas españoles y traducciones de autores ingleses y franceses, se hallaban colaboraciones de miembros del Liceo Hidalgo como González Bocanegra, Vicente Segura, Francisco Granados Maldonado y Emilio Rey. También en 1856 se editó en la imprenta de Juan R. Navarro, el *Álbum de las señoritas*. Dirigida probablemente por Luis G. Ortiz, en la revista, dicen Castro y Curiel, se publicaron “historias cortas, artículos y poemas dedicados al interés de la mujer y su desarrollo dentro de la sociedad, fragmentos de historia general y datos sobre costumbres en el extranjero, así como contados artículos de moda”. En la revista hay colaboraciones, entre otros, de González Bocanegra y Arróniz.

Con interrupciones, a causa de decretos contra la ley de imprenta, *El Siglo Diez y Nueve*, fundado y editado por Ignacio Cumplido, se publica de 1841 a 1896. Fue el órgano periodístico por excelencia de los liberales y el lugar donde se enjuiciaron de continuo los actos despoticos de Santa Anna. Las suspensiones más significativas se dieron: en 1843, durante una de las presidencias de Santa Anna; entre 1846 y 1847, debido a la guerra con Estados Unidos; en 1856 (duró 17 días), por un decreto del presidente Ignacio Comonfort con motivo de ataques al Congreso Constituyente y al gobierno de la nación; de 1858 a 1861, debido a la guerra de Reforma, y de 1863 a 1867 a causa de la

Intervención francesa. Entre sus directores ilustres se contaron Mariano Otero, Juan Bautista Morales (el Gallo Pitagórico) y, claro, el joven Francisco Zarco (1855-1869), si bien desde el 20 de abril de 1853,¹⁸ Zarco ya fungía como editor responsable y redactor en jefe. Eso explica quizá que buena parte de la plantilla del Liceo Hidalgo (Ortiz, Tovar, Granados Maldonado, José Sebastián Segura, Cuéllar) colaborara en el periódico, y que, pese a las profundas diferencias ideológicas con Arróniz, se impusieron la amistad entrañable y el reconocimiento al talento. En *El Siglo Diez y Nueve* Arróniz publicó principalmente poemas largos o grupos de poemas breves. También colaboraron quienes serían más tarde prohombres de la Reforma: Prieto, Ramírez y Altamirano. Según Castro y Curiel:

El Siglo Diez y Nueve nació, según declararon sus editores, con el propósito de contribuir a lograr la paz y el engrandecimiento de la nación; su objetivo fue promover la unión de los mexicanos e indicar los aspectos convenientes con el fin de ayudar a la regeneración política del país, y para lograrlo se invitó a colaborar “a los hombres de buena fe y a los patriotas verdaderos” (356).

Diario liberal, *El Monitor Republicano* se editó de 1844 a 1896. De 1844 a 1846 se llamó *El Monitor Constitucional*. “En 1846 —escriben Castro y Curiel—, cuando el general Mariano Paredes presentó su proyecto de monarquía, *El Monitor* cambió el adjetivo de ‘constitucional’ por el de ‘republicano’, pues García Torres consideró que ya no había constitución que defender, y que siendo la disyuntiva política de la prensa ‘República o Monarquía’, el periódico se definía de acuerdo con sus principios republicanos” (159-263).

Se editaba en calle del Espíritu Santo 2 en la imprenta de Vicente García Torres. El responsable del diario fue el mismo García Torres y entre sus “redactores liberales” afamados estuvieron, entre otros, Florencio M. del Castillo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José María Vigil y Juan A. Mateos. Se publicaron en los años cuarenta y principios de los cincuenta colaboraciones de renombrados o conocidos escritores de la época, mexicanos y españoles, como Luis Martínez de

¹⁸ Curiosa o paradójicamente el día del ascenso de Santa Anna a su última presidencia.

res se contaron Maria-
górico) y, claro, el jo-
de el 20 de abril de
ble y redactor en jefe.
del Liceo Hidalgo
stian Segura, Cuéllar)
profundas diferencias
entrañable y el reco-
Arróniz publicó prin-
breves. También cola-
de la Reforma: Prieto,

sus editores, con el pro-
decimiento de la nación;
icanos e indicar los as-
regeneración política del
hombres de buena fe y

de 1844 a 1896. De
En 1846 —escriben
Paredes presentó su
ativo de 'constitucio-
consideró que ya no
disyuntiva política de
se definía de acuerdo

imprensa de Vicente
tismo García Torres y
ron, entre otros, Flo-
Ramírez, José María
los cuarenta y princi-
rados o conocidos es-
mo Luis Martínez de

Anna a su última presi-

Castro, Pantaleón Tovar, José María Tornel, Luis de la Rosa, Ramón I. Alcaraz, Niceto de Zamacois, José Zorrilla, J. Bermúdez de Castro, José de Espronceda, José Zorrilla. En 1853, con la promulgación de la Ley Lares, *El Monitor* se suspendió, se destruyó la imprenta y García Torres fue exiliado. Reapareció el 17 de agosto de 1855. Del lado liberal fue el más radical de los periódicos y se granjeó enemigos a diestra y siniestra.

Como hemos dicho, Arróniz sólo escribió en *El Monitor* la reseña teatral a la obra de su amigo Francisco González Bocanegra, *Vasco Núñez de Balboa*, el 4 de octubre de 1856, cuando su amigo Florencio M. del Castillo era el redactor del diario.

EL CRÍTICO

En el capítulo dedicado a la literatura en su *Manual del viajero en México* pueden observarse, más o menos de una manera completa, las lecturas de Arróniz sobre poesía y literatura mexicanas. En clara desproporción son muchas más las lecturas de poesía.

De la poesía prehispánica, la única que se conocía en esos años era la escrita en lengua náhuatl, pero de la cual aún había "escasas muestras". Tardaría cosa de un siglo para que Ángel María Garibay y Miguel León Portilla tradujeran las prodigiosas colecciones *Romances de los señores de la Nueva España* y *Cantares mexicanos*. Sin embargo, Arróniz no se equivocaba al atribuir la pérdida de mucha de esa poesía al desconocimiento de los pueblos nahuas de una lengua fonética y a "la no menos poderosa, bárbara y destructiva mano de los conquistadores, que so pretexto de la religión, acabaron con tantos monumentos de la civilización azteca", siendo el mayor bárbaro el primer arzobispo de México, Juan de Zumárraga, quien mandó "recoger las pinturas simbólicas, principalmente de Tezcuco y de los archivos de Tenuchtitlan, crónicas fieles, documentos importantes y cuentos escogidos de aquellas razas, [los cuales] fueron colocados todos en el mercado de Tlatelolco, y por su orden reducidos a cenizas". No está de más decir que de su monstruoso crimen histórico y cultural se enorgullecía Zumárraga.

Tal vez Arróniz conoció para la redacción de sus manuales las versiones al español de los poemas nahuas hechas por Faustino Galicia

Chimalpopoca, que han merecido la censura moderna de Miguel León Portilla, y quizá se guió en alguna medida por las raras e infieles adaptaciones de José Joaquín Pesado (*Las aztecas*). Desde luego el poeta por excelencia del mundo náhuatl era —como lo ha sido desde el siglo xv hasta ahora— Nezahualcóyotl. Al analizar vida y obra del gran señor de Texcoco, Arróniz incurría en equivocaciones repetidas por historiadores y loros anónimos a través de los siglos de creer que aquel hombre de guerra, quien tuvo más de cien concubinas, fue un anacoreta que se encerraba en su palacio de Tezcutzinco, teniendo por compañía sólo los árboles y las flores del bosque, para escribir y laudar al Ser Supremo. Como tantos y tantos, Arróniz reincidió en decir que Nezahualcóyotl creía al final de su vida en un Dios invisible y único y que se abocó a “los filantrópicos deseos de extirpar de su pueblo la bárbara costumbre de los sacrificios humanos”, lo cual sólo es una piadosa fantasía, que el primero en divulgar fue acaso Fernando Alva Ixtlixóchitl, descendiente de la casa real texcocana.

De los cronistas mexicanos del siglo xvi, Arróniz destacó al propio Fernando Alva Ixtlixóchitl y a Hernando Alvarado Tezozómoc, quien compendió sin rigor excesivo la memoria mexicana. De ambos apreció su estilo, pero subrayó deficiencias, y apostilló una nota de desconfianza a causa de su información *de oídas*, o al menos, no confirmada, algo que no puede discutirse, por ejemplo, a Fray Bernardino de Sahagún.

En su *Manual de biografía mexicana*, la única poeta de la colonia que le merece una semblanza es sor Juana. Desde allí salta a los prerománticos y a los primeros románticos. De aquellos ignora al gran Quintana Roo, pero traza breves retratos de Francisco Ortega, de Francisco Manuel Sánchez de Tagle y Anastasio Ochoa. Pasa enseguida a los poetas de la Academia de Letrán, a los católicos Manuel Carpio y José Joaquín Pesado, poetas afines a la escuela neoclásica, y a tres jóvenes significativos que murieron desdichadamente en los años que llamaba Leopardi de la verde edad: Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), Fernando Calderón (1810-1845) y Juan Nepomuceno Lacunza (1812-1843).

En un artículo de 1851, publicado en *La Ilustración Mexicana*, Arróniz dio su parecer sobre cómo debería ser la crítica literaria y las cualidades que debería poseer un crítico. Arróniz creyó en una crítica racional y concienzuda como el mejor remedio contra el mal gusto. La crítica debería ser tolerante y constructiva, lejos de la vejación que de-

moderna de Miguel
 por las raras e infieles
 Desde luego el poe-
 mo lo ha sido desde el
 alizar vida y obra del
 invocaciones repetidas
 los siglos de creer que
 en concubinas, fue un
 euzinco, teniendo por
 para escribir y laudar
 reinció en decir que
 Cus invisible y único y
 rpar de su pueblo la
 cual sólo es una pia-
 caso Fernando Alva Ix-
 a.
 oniz destacó al propio
 ado Tezozómoc, quien
 a. De ambos apreció su
 nota de desconfianza a
 confirmada, algo que
 ardino de Sahagún.

ca poeta de la colonia
 desde allí salta a los pre-
 aquellos ignora al gran
 nisco Ortega, de Fran-
 cino. Pasa enseguida a
 nicos Manuel Carpio y
 eoclásica, y a tres jóve-
 en los años que llama-
 Galván (1816-1842),
 Luceno Lacunza (1812-

erarios *Mexicana*, Arróniz
 ta literaria y las cuali-
 temo en una crítica ra-
 tra el mal gusto. La
 de la vejación que de-

grada y del sarcasmo que humilla, esa suerte de crítica que en su momento afectó profundamente a poetas como Byron y Zorrilla. Para Arróniz se contaban con los dedos de la mano los verdaderos críticos; la mayoría se preocupaba más por atacar a la persona que por analizar la obra, solía ensañarse con el principiante y ser rastrero hasta la abyección con el consagrado. La literatura mexicana necesitaba “hombres de saber y experiencia que todo lo hacen con reflexión e imparcialidad”.

Para el joven literato la mejor recomendación que podía darse a un joven literato era el estudio empeñoso de “los modelos de lo Bello” y, sobre todo, de la naturaleza, “esa obra perfecta de la Suprema Intelectualidad”.

Poco sabemos de su afición a las otras artes. Salvo lo que pudo ver en Cádiz, todo lo que conoció de fotografía, pintura, escultura, música y teatro lo vio o lo oyó en México. Le tocaron los inicios de la fotografía. Se maravilló con los daguerrotipos, e incluso escribió un artículo sobre el francés Daguerre (1787-1851), el descubridor en 1839 del diorama, que da la ilusión con sus efectos de un fingimiento prodigioso de formas. Ayudada por una cámara oscura y una plancha metálica, en ese arte “la luz hace las veces de pintor”. En doce años (el artículo de Arróniz es de 1851), la fotografía se había perfeccionado de manera asombrosa. El joven poeta celebraba que pudieran retratarse personas y paisajes.

Tal vez luego de la poesía el arte más próximo a él fue la música. En un artículo titulado así, “La música”, publicado en 1852, se eleva diciendo que es “el idioma de los ángeles” y destaca “la influencia prodigiosa” que produce en las almas y cómo causa una embriaguez a veces parecida a la de los licores. Hay en la música una capacidad de evocación que nos traslada a épocas doradas de nuestra juventud cuando el Mal no hacía casa en nuestro corazón y cuando las “ilusiones ardientes” nos presentaban a la mujer en el alba naciente de su pureza y virtud. La música tiene boca y manos de mujer; cuando ellas cantan o tocan, la música se vuelve magia y sueño. Arróniz se hechizaba oyendo a una joven tocar el piano en un salón de lujo. Tenía como recuerdo cautivador haber oído a las “hijas de Xalapa” pulsar a la hora del crepúsculo “sus arpas armoniosas en medio de los bosquecillos de plátanos y palmeras” y a las graciosas gaditanas entonar de noche y al lado del mar canciones populares andaluzas.

Para Arróniz poesía y música se hermanaban y, para el caso, ejemplificaba con los casos paralelos del *Stabat Mater* de Rossini y las poesías religiosas del Vate Rey, las armonías de Bellini y las canciones del Petrarca, los acordes de Verdi y los cantos de Espronceda y Byron. Como buen romántico, dijo que sólo superior a la música creada por el talento o el genio del hombre era la música de la naturaleza.

En uno de sus primeros poemas (“Composición”), leído en 1851 en la inauguración del Liceo Artístico Mexicano, dice:

Anhelantes llegad para iniciaros
De Bellini en las dulces armonías,
Que os llenarán de puras alegrías,
Sintiendo hasta los cielos sublimaros.

En la breve semblanza que hizo de José María Carrasco (*Manual de biografía mexicana*), señala que “la música es una de las artes más deliciosas y ella contribuye sin duda al adelanto de las naciones, despertando la sensibilidad, dulcificando las costumbres y sublimando el alma”. El estro musical se hallaba ante todo en países como Italia, Alemania, Francia y España; en genio y número no podía equipararse México, pero existían ejemplos distinguidos.

EL POETA

Su poesía se nutrió ante todo de los poetas de los siglos de oro, en especial de Garcilaso de la Vega (1501-1536), y de poetas románticos como José de Espronceda (1808-1842) y Lord Byron (1788-1824), quienes no sólo influyeron hondamente en su poesía sino que los enalteció como sus héroes representativos. Como ellos, quiso unir a sangre y fuego la pluma y la espada, y como ellos murió aproximadamente a la misma edad. Sus contemporáneos y el grupo generacional inmediatamente posterior sabían de su fervor devoto por ambos poetas. A su muerte, el joven Juan Díaz Covarrubias escribió un poema donde lo llama “hermano de Lord Byron y Espronceda”; en el prólogo de 1882 a las *Pasionarias* de Manuel M. Flores, Altamirano apuntó que el gran poeta inglés fue “su modelo, su maestro, su favorito”. De Byron, Arróniz tradujo bellamente decenas de estrofas del Canto II del *Don*

para el caso, ejemplar de Rossini y las poesías y las canciones del Espronceda y Byron. La música creada por la naturaleza. (1851), leído en 1851 dice:

as.
as.
marcos.

la Carrasco (*Manual de las artes más delicias de las naciones, desesperados y sublimando el mundo como Italia, Alemania no podía equipararse*

los siglos de oro, en España de poetas románticos de Byron (1788-1824), poesía sino que los enaltece. quiso unir a sangre y fuego aproximadamente a la generacional inmediata por ambos poetas. A su vez un poema donde lo en el prólogo de 1882 apuntó que el gran favorito". De Byron, en el Canto II del *Don*

Juan, algunos poemas sueltos, utilizó versos suyos como epígrafes y adaptó al menos dos poemas ("El desencanto de amor", "El pensamiento de amor"), utilizando los recursos técnicos de un poema byroniano ("Del primer verso de amor"). Todo lo que tradujo de Byron tiene como tema el amor. La única ciudad extranjera que Arróniz cantó en sus versos fue Cádiz, y la pieza lírica la encabeza un epígrafe de Byron, donde el poeta inglés exalta a las gaditanas en contraposición a las inglesas.

En 1851, Arróniz escribió un largo artículo, donde comentaba la obra y la vida del joven extremeño ("Espronceda"), en el cual afirma que no hay un poeta en España con sus virtudes; del extranjero sólo Byron podía comparársele. "Puede decirse con justicia que Espronceda es el Byron de España: ved, la misma belleza física, el mismo precioso talento, la misma sensibilidad ardiente, la misma audacia y energía, igual vida desenfrenada e idéntico entusiasmo por lo grande, que a uno lo impele a combatir por Grecia y al otro a ofrecer su brazo en defensa de la oprimida Polonia".¹⁹ Como Byron y Espronceda, Arróniz fue hermoso y valiente; como la de ellos, su vida fue breve, intensa y desdichada; como ellos fue un sensual (basta leer pasajes de "Zelos"), pero se le negó, a diferencia de sus grandes modelos, la fortuna en amores; como ellos endiosó a la poesía, pero careció del genio de Byron y no alcanzó ni mínimamente la influencia de Espronceda en la poesía de nuestra lengua; a diferencia de los de ellos, sus cantos no fueron "escépticos, crueles y fúnebres", sino melancólicos y desencantados. A la verdad, por su credo conservador y por su cercanía con los poderosos, estuvo más cerca de su admirado Zorrilla que de Byron y Espronceda. Para precisar más lo dicho por él mismo, a diferencia de Byron, que murió en Grecia, y Espronceda, que luchó por Polonia, Arróniz sólo combatió en lides fratricidas, peleando al lado de los tiranos por esas "ideas serviles y retrógradas" que él mismo reprobó en el artículo antedicho sobre Espronceda. No al grado de Francisco González Bocanegra, que cantó e hizo dedicatorias lagoterías a Santa Anna y escribió un poema rastrero a Miramón, ni como José Zorrilla, que defendió a su bienhechor Maximiliano, ni mucho menos se rebajó a la zalamería empalagosa de Ignacio Sierra y Rosso o de Jesús Hermosa, quienes escribían en verso, con miel inmundada, las falsas hazañas de los

¹⁹ "Espronceda", *La Ilustración Mexicana*, t. I (1851), pp. 210-224.

déspotas y los usurpadores, pero Arróniz no dejó más de una vez de adular a Santa Anna.

En el artículo sobre Espronceda se observa que Arróniz lo leyó muy bien. “Sus composiciones —dejó escrito— llevan el distintivo de la energía y jamás vemos en ellas cantado un objeto trivial: siempre sus temas son grandes y elevados”. Admiró ante todo: *El diablo mundo*, su obra más ambiciosa, la cual comparó con exageración evidente al *Fausto* de Goethe y al *Don Juan* de Byron; *El estudiante de Salamanca*, que puede leerse como una leyenda lírica o un cuento fantástico; “El Pelayo”,²⁰ donde recrea la invasión mora, amén de poemas sueltos como “Himno al sol”, “Canto del cosaco”, “Mendigo”, “Reo de muerte” y, desde luego, la “Canción del pirata” y “A Jarifa en una orgía”. En su artículo “La crítica literaria”, al despreciar a los críticos que desdénaron a Byron, decía, que “de haberles hecho caso el autor, el mundo de la lírica no tendría las creaciones divinas de ‘Hayde’, del ‘Childe Harold’, de ‘Giaour’ [y] ‘Manfredo’”.

Premonitoriamente, en las líneas finales de ese artículo, Arróniz escribió a la vez un gran elogio de Espronceda y un augurio funesto para él mismo:

Yo que llevo un corazón destrozado dentro del pecho, he comprendido tus angustias y torturas, y he escuchado las elocuentes quejas que exhalaba tu sonora lira, como un triste consuelo en mi aislamiento y desventura. ¡Sin embargo tú conseguiste ornar tu frente con el laurel de la gloria, pero ¡ay! la mía sólo ceñirá hasta la muerte la del martirio!

Y así fue.

Como joven melancólico creyó que valían la pena el desengaño amoroso y las tristezas que nos menguan, si podía lograrse una vida en libertad y escribir una obra que le diera renombre y lo elevara a la gloria. Por vocación y destino el poeta romántico, al menos como se entendía en el siglo XIX, estaba condenado al sufrimiento; Arróniz era reo de esa vocación y destino. En versos suyos encontramos que se presen-

²⁰ Casi podría afirmar que de este poema, “El Pelayo”, Arróniz tomó el tema de la desgraciada seducción del rey Rodrigo a Florinda, la hija del conde Julián, para escribir su soneto “Florinda”.

de más de una vez de

que Arróniz lo leyó muy
 el distintivo de la
 trivial: siempre sus
El diablo mundo,
 exageración evidente al
Amorosa de Salamanca,
 cuento fantástico; “El
 de poemas sueltos
 “Reo de muer-
 en una orgía”.
 los críticos que des-
 el autor, el mun-
 de ‘Hayde’, del ‘Childe

este artículo, Arróniz es-
 un augurio funesto para

de peño, he comprendi-
 en cuantas quejas que
 en mi aislamiento y
 frente con el laurel
 la muerte la del martirio!

la pena el desengaño
 a integrarse una vida en
 lo elevara a la glo-
 como se en-
 Arróniz era reo
 que se presen-

Arróniz tomó el tema de la
 de Julián, para escri-

ta a sí mismo como “el pobre poeta que tanto sufrió” o como el “triste poeta del roto laúd”. La adversidad amorosa había provocado que su lira acabara de romperse. En su breve paso por la tierra Arróniz padeció tristezas, dolor, amargura, el desengaño cruel, el negro hastío. Todo se compensaría al final con la obtención de la gloria. No de manera gratuita uno de sus primeros poemas se titula “La inmortalidad”. En esta vida juventud y poder, belleza y prosperidad son sólo espejos engañosos porque la fortuna es esquiva. Él sabía que todo termina en nada y en la nada; sólo el genio perdura. Lo dijo en versos admirables:

Juventud y poder, beldad, riquezas,
 Todo devora el tiempo,
 Sin dejar de paso ni aun la huella
 Que el pez ligero que las ondas hiende.
 Tanta devastación sólo se estrella
 En el genio sublime
 Cual las olas del mar embravecido
 En las rocas que cubren la ribera.

En un soneto publicado en 1854, reconviene al tiempo que destruye y aniquila cuanto halla a su paso:

¿Nada te impone lástima o pavora?
 ¿No hay quien desarme tu terrible diestra?
 ¿Nadie es tu vencedor? ¿No más el genio!

Pero triste, desoladamente, la mala estrella lo perseguiría luego de su muerte por cosa de un siglo y medio sin que nadie siquiera reuniera su obra poética.

Algo común entre los poetas del siglo XIX fue que redactaran poemas por encargo; Arróniz no fue excepción.²¹ En su caso especial, los escri-

²¹ No sin desazón, no sin despecho, José T. de Cuéllar, hacia 1892, en su ensayo evocativo sobre “El Liceo Hidalgo”, se lamentaba justamente, con números hiperbólicos, sobre el trabajo de su generación en la tarea estéril de escribir poesías por encargo: “Hemos despolvoreado el fósforo de nuestro cerebro en un millón de álbums de señoritas desconocidas; hemos confeccionado otro millón de discursos cívicos y otro millón de versos de premios y de versos arrojados a beneficio de todas las notabilida-

bió para la inauguración de cursos o para la premiación de los alumnos del Colegio de Letrán (aquella en noviembre de 1850 y ésta en enero de 1851), o como elogio para eminentes actrices y bailarinas (Matilde Díez y Celestina Thierry de Bernardini), o como cortesía para el álbum de las señoritas (queda un poema para una joven Carmen), o como brindis, o acaso también como epitafios (“A un niño”, “A una joven”).

Como en los casos de Ignacio Rodríguez Galván y Manuel Acuña, para Marcos Arróniz (utilizo una frase de Rimbaud) la desdicha fue su dios. Como ellos, tuvo buena formación literaria, vivió un amor imposible hasta el límite del desangramiento, pero a diferencia de ellos no fue pobre ni autodidacta. Sabemos los nombres de las musas inalcanzables de Rodríguez y Acuña: Soledad Cordero y Rosario de la Peña; no la de Arróniz. El encanto delicado de la Cordero se hubiera perdido si no hubiera sido por Guillermo Prieto que en *Memorias de mis tiempos* precisó que “la Rosa del [Teatro] Principal” fue esa fuente de soledad, tristeza y sombras para Rodríguez;²² mucha de la magia funesta de Rosario se hubiera roto si en el trágico “Nocturno” Acuña no hubiera escrito su nombre en la dedicatoria. En el caso de Arróniz, sus contemporáneos supieron muy bien que una hermosa joven rubia y de ojos azules fue la causa principal de su aflicción sin luz y uno de los motivos que lo precipitó al abismo de la locura, pero nadie escribió el nombre; Juan Díaz Covarruvias aun, en un poema a la muerte de Arróniz, culpó de sus desvaríos mentales y su muerte a la joven. Lamentamos ignorar el nombre de la amada de Arróniz, quien inspiró no solamente “Zelos”, sino al parecer todos los poemas amorosos que redactó desde 1946, con referencia directa o sugerida, salvo los dirigidos genéricamente a las mujeres, como aquellos escritos a las vírgenes,

des y de todas las medianías teatrales. Hemos hecho sin tarifa de precios, toda clase de ovillejos (acrósticos) y décimas de encargo para dar días, para bautismos, epitalamios y defunciones”.

²² Tan se sabía el nombre de la musa que, quince años después de la muerte de Ignacio Rodríguez Galván, José Zorrilla comenta en el tercer capítulo de su libro *La flor de los recuerdos* (“Poetas mexicanos”) que su corazón vivió “tiranizado por una pasión misteriosa, cuyo secreto no me es lícito romper, porque Galván no quiso levantar el velo que debe cubrirla”.

emulación de los alumnos de 1850 y ésta en las actrices y bailarinas como cortesía para una joven Carpañosa ("A un niño",

Manuel Acuña, la desdicha fue su amor. vivió un amor impropio a diferencia de ellos. Otras de las musas inalcanzables y Rosario de la Cordero se hubiera que en *Memorias de la infancia* fue esa fuente de la magia. En el caso de Arróniz, una hermosa joven rubia sin luz y uno de los poemas a la muerte de la joven. La- Arróniz, quien inspiró los poemas amorosos que los escritos a las vírgenes,

de precios, toda clase de para bautismos, epitalamios

después de la muerte de Acuña. capítulo de su libro *La infancia* "tiránizado por una porque Galván no quiso le-

a las que Arróniz imaginó poseer, o "Cádiz", donde pondera la alegría y la gracia de las gaditanas, o esas piezas líricas donde elogia a las zagalas, o aquellas donde brinda en plural por las hermosas, por las bellas, por las bellidades... En sonetos pastoriles, a la manera de Garcilaso o los árcades, Arróniz transformó a la amada y la llamó con nombres clásicos: Clori, Cintia.

En una octava, Luis G. Ortiz habla de una "mujer frágil", a quien Arróniz convirtió en una deidad, y que "ingrata y falsa" le volvió la espalda; en 1857 Zorrilla cita la octava de Ortiz y añade: "Arróniz consagra toda su poesía a un recuerdo triste, torcedor eterno de su memoria, a un sentimiento enamorado, morador eterno de sus versos"; en su elegía, Díaz Covarrubias indirectamente apostrofa a la joven que veneró Arróniz, y la incrimina de haber sido la causa de la locura y el sufrimiento del amigo:

Con tu amor de poeta idolatraste
A una mujer, y tu alma le llevaste
A sus mezquinas plantas a poner.
Pero ella, tu pasión no comprendiendo,
Te despreció al pasar, y tú muriendo
Viviste en locura y padecer.

Por las descripciones que Arróniz hace de la amada en varios poemas, se entiende que era blanca, rubia, de ojos azules, de talle esbelto, de cuerpo ligero y de pie leve.²³ Arróniz tuvo por ella tal adoración que la identificó más de una vez con la virgen María: la madre de Dios era como la amada: rubia y alba. Recordemos un par de líneas de "Zelos":

Radiante de esplendor y de alegría
Y hermosa cual la Virgen Sacrosanta.

Pero ¿cuándo nació la ternura desdichada? No es fácil precisararlo, pero si nos dejamos convencer por la cuarteta de un soneto redactado en 1855 ("Amor que calla") nació desde la infancia:

²³ En las *Memorias del tiempo mexicano*, que preparó Pablo Mora (capítulo II, 8), Zorrilla dice que México tiene dos debilidades nacionales: los pies pequeños y la admiración por los grandes jinetes. Si era así, ambas debilidades desaparecieron hace mucho tiempo.

Niño era yo cuando por vez primera
 Me deslumbró tu fúlgida hermosura,
 Y un instante no más, ¡oh desventura!,
 Tu faz entonces contemplé hechicera.

Ya desde los poemas de fines de los cuarenta habla de esa joven rubia, blanca, de ojos azules y pies leves, y en su poema “La inmortalidad”, de 1850, aparece como el modelo ideal una mujer de cabellera rubia sedosa y de mejillas de nieve, de la cual, sin embargo —señala—, es engañosa su belleza, porque la edad, oh Propercio, oh Ronsard, marchitará su rostro, encorvará su talle y oscurecerá las pupilas que en la juventud brillaron. En otro poema de ese año (“El desencanto de amor”) la describe de nuevo con las mismas características:

Mujer de cándida frente
 Que ostentas rubio cabello,
 Mujer del gallardo cuello,
 Obra maestra de Dios,
 Por Él mandada a este mundo,
 Como un ángel de ternura,
 Ven a ahuyentar mi amargura
 Del desencanto de amor.

Pero todo hace ver que cuando el amor empieza a convertirse en obsesión es en las piezas líricas de 1851 y se vuelve desesperación en 1852, cuando escribe “Zelos”. Desde el título, desde los epígrafes de sor Juana y Cervantes, se anuncia una variada historia de inquietud y tormento. No recuerdo ningún otro poema en la poesía mexicana, ni antes ni después, que se extienda tanto en la descripción torturada del sentimiento de los celos como el de Arróniz: un sentimiento como un buitres implacable que no deja de picotear el alma y el corazón o como una víbora que con su veneno ciega los ojos y la mente. Si tomamos como real un pasaje de este poema, Arróniz había tratado de convencerla sin resultado:

Qué poder bastará a conmovierla
 Si tiene el duro corazón de bronce
 Y siempre es sorda a quejas y amargura.

Es un poema escindido entre la desesperación y la esperanza, entre la fantasía de idearla diosa y amante, y la realidad de una mujer que vive en el orbe encantado de los salones aristocráticos y los paseos públicos, donde es asediada y cortejada por políticos y ricos; entre la certeza cruel de una sociedad mercantilista y las aspiraciones honestas pero sin luz de un poeta melancólico; entre la ciudad que representa perfidia y crueldad y la soledad de los campos que purifica y sublima.

Desde la primera estancia del poema Arróniz se compara con un prisionero solitario y triste que desde una mazmorra oscura ve un firmamento espléndido, es decir, desde “el infierno de los celos” sólo le es dable mirar una muchacha de luz como un cielo azul, el cual no puede alcanzar por más que intente elevarse.

En el siglo XIX como en el XX y XXI, en sociedades con un incipiente capitalismo o con un capitalismo más desarrollado, el dinero en la sociedad es mucho más apreciado que el oro del talento o el genio artísticos. Fue asimismo el caso de Ignacio Rodríguez Galván, el mejor poeta de la generación anterior, quien en su soledad y pobreza no podía aspirar a una relación sentimental con la joven actriz Soledad Cordero, quien, como la amada de Arróniz, era infinitamente asediada por los pretendientes. Desconsolado, fatalmente, por huir de ella, Rodríguez acepta una legación en Sudamérica sin imaginar que apenas dos meses después de su partida la muerte lo esperaba en el verano funesto de la ciudad de La Habana. ¿Pero no son acaso los celos el fondo de uno de los más duros y tristes poemas de amor de la época, “Yo he cargado de amor el duro yugo...”, donde Rodríguez arremete contra la ruín y sórdida sociedad teatral?

¿Qué me importaba a mí que su ejercicio
Infame fuera entre la gente necia,
Si mucho más brillando junto al vicio
La alta virtud mi corazón aprecia?

“Ay de quien tiene amor en el teatro”, exclama al principio de otra estrofa. Igual que la amada de Arróniz, según Rodríguez, la joven actriz buscaba:

No sencilla pasión, sino dinero,
Un ente enriquecido, no un poeta.

A diferencia del círculo teatral, que era el enemigo para Rodríguez, el de Arróniz lo representaba la alta sociedad de mediados del siglo XIX. Pese a ser él mismo un joven de posición, Arróniz ve a esa sociedad como el puente levadizo y la muralla de la fortaleza que le impiden llegar al jardín de las delicias. Si nos fiamos de los versos de Arróniz, en esa sociedad artificial y relumbrante, la joven no sólo se siente a gusto, sino es la que prefiere. Un orbe irreal de salones espléndidos y de lujo cortesano donde la muchacha se prosterna ante “el oro de los magnates” y no le disgusta ser asediada por jóvenes de “raquíticos cerebros”. Una sociedad “traidora, impía”, “cruel, infame”, que le arrebató su “mayor tesoro”. De lo único que podemos estar seguros es de que Arróniz idolatró a la joven y no sólo no fue correspondido, sino de continuo desairado y vejado. La hora del amor, de la que habló Byron, quedó inmóvil en su reloj.

Si Rodríguez Galván proponía a Soledad Cordero abandonar los escenarios teatrales para acompañarlo en su soledad de pobre, si Manuel Acuña ofrecía a Rosario de la Peña ir a vivir al solar saltillense donde su madre sería como un dios entre ambos, Marcos Arróniz soñaba para ella un destino de égloga: dejar la vida urbana de lujo odioso e irse al campo, donde ambos conocerían la dicha en la vida a la intemperie y en la libertad desnuda, lejos de la vanidad de vanidades y de la insolencia de los ricos y del desprecio de los poderosos.

“Zelos” está escrito con la desesperación de la pasión y su lectura resiste los malos versos y los malos pasajes, donde no se excluyen la cursilería y la afectación, las caídas rítmicas y los versos mal medidos. En esa década nadie escribió un poema con tal nervio y verdad.

Para Arróniz no hubo nada superior a la naturaleza, que le parecía una prueba de la excelencia de Dios. En la lírica de Arróniz la naturaleza se muestra en dos sentidos: uno, puramente descriptivo, y otro, más logrado estéticamente, de doble significación, donde los elementos o fenómenos se igualan o asemejan al momento que vive o a rasgos de su carácter. Poemas con fondo de tempestades, de vientos terribles, de cielos crepusculares, de mares agitados o en calma, de campos plácidos, de noches siniestras o sosegadas, de bosques tristes. Pensemos en hermosos textos, como “El arco iris”, en donde después de una devastadora tempestad se hace el sosiego y brilla el arco iris; o al contrario, cuando contempla el celaje vaporoso, y de súbito el feroz viento del norte lo deshace, y el poeta concluye que, de igual manera bella y ufa-

igo para Rodríguez, el
ados del siglo XIX. Pese
esa sociedad como el
mpiden llegar al jardín
na. en esa sociedad ar-
esto, sino es la que pre-
o cortesano donde la
es” y no le disgusta ser
na sociedad “traidora,
tesoro”. De lo único
to a la joven y no sólo
y veiado. La hora del
a reloj.

ordero abandonar los
dad de pobre, si Ma-
tr al solar saltillense
s. Marcos Arróniz so-
a urbana de lujo odio-
ucha en la vida a la in-
ntidad de vanidades y
s poderosos.

la pasión y su lectura
nde no se excluyen la
s versos mal medidos.
erno y verdad.

eta, que le parecía una
Arróniz la naturaleza se
ppivo, y otro, más lo-
de los elementos o fe-
e vive o a rasgos de su
e vientos terribles, de
ma, de campos pláci-
es tristes. Pensemos en
después de una devas-
o al contrario,
el feroz viento del
a manera bella y ufa-

na era la vida, hasta que perdió su encanto “al rudo choque de pesar profundo”; o en “El susurro de la noche”, donde busca en la soledad de los campos a su misma soledad y temporalmente encuentra solaz y alivio a su destino sin luz.

Hay pasajes descriptivos donde se advierte que ha observado con fi-jeza e intensidad la naturaleza, pero hay otros en los que parece copiar de los libros para retratarlos, como si, separado por un soto umbrío, se pusiera a imaginar a la vez el paisaje y la amada. Él, que criticó acerba-mente la poesía de églogas y los motivos e imágenes de los árcades, es-cribió, sobre todo en 1854, un buen número de sonetos a la manera de ellos, o en el mejor de los casos, a la manera de Garcilaso. Sonetos con zagales y zagalas, con pastos y alquerías, con vegas floridas y es-maltadas, con sonido de flautas... Sonetos, por demás, delicadamente exactos en su música y desarrollo, y que, detrás de ellos, encontramos casi siempre el abatimiento del alma.

Para Arróniz el mar representaba “el espejo refulgente de Dios”; su-ponemos que el mar, del cual habla en algunos sonetos, es el de las cos-tas de Veracruz, como podemos colegir por la presencia de los barcos:

Sacude nada más la brisa errante
La floja luna con sus alas yertas,
Y ante las quillas no se ven abiertas
Las claras ondas con murmullo errante.

Le gustaba llamar a los vientos con nombres europeos: aquilón, al del Norte, y noto y ábrego, a los del sur. Muy seguramente, cuando menciona “el aquilón sañudo”, piensa en el que los mexicanos, y más específicamente los veracruzanos, llaman el Norte, el viento que des-ciende por el Golfo y entra a Veracruz y trastorna el clima del sur y del centro de México. Ese “viento sañudo”, ese viento de torbellino y vértigo, que con la furia de las tempestades, deja oír la agudeza de su silbido. Como poeta de raíz y de impulso románticos, Arróniz prefería el mar borrascoso al mar en calma, porque le creaba una imagen que anhelaba para sí: la violencia irracional, o en otras palabras, una vida dictada por la pasión. “Las pasiones son defectos o virtudes, sólo que potenciadas”, dijo Goethe (*Las afinidades electivas*). En Arróniz resultó a mediano plazo un gran defecto. Pero paradójicamente una de las po-cas cosas que le dieron consuelo en su infortunio fue la naturaleza: el

campo sosegado y el mar en calma. Fue un poeta dividido entre la acción y la contemplación.

Pocas cosas lo impresionaron tanto como el “palacio de las sombras” de las grutas de Cacahuamilpa. Escribió un soneto, un vasto poema y aun al final de su *Manual del viajero en México* recuerda la vívida experiencia de su visita, o acaso, de sus visitas. Quizá después de “Zelos” es su composición de aliento largo, si no más lograda, al menos más vigorosa. Cada paso por las grutas es una fuente para la creación imaginativa. Sorprende en el poema el número de sugerencias o evocaciones que le crean los elementos de la caverna y que, en algún sentido, a un lector moderno dan la impresión de imágenes de un sueño gótico o de película expresionista alemana de los años veinte del siglo que acaba de dejarnos: estalactitas, estalagmitas, bóvedas, socavones, cascadas, arcos irregulares, sendas sinuosas, fragosas subidas, pasos de agua y goteo infinito, que en su imaginación se vuelven o parecen mausoleos, pirámides egipcias, órganos de una arquitectura gótica, obeliscos colosales, torreones derruidos, troncos de palmeras gigantes, cortinajes colgantes, galerías sombrías... Visiones del cielo o del infierno. Apariciones y desapariciones. Un espacio de soledad, silencio, angustia, horror: lo mismo puede pensarse que es el reino de los muertos o una nueva tierra bíblica o una soberbia creación de la naturaleza. ¿Dónde se originó eso?, se pregunta Arróniz. ¿Es una nueva Sodoma y Gomorra que por el castigo de Dios se petrificó? ¿O se creó debido a un “terremoto cósmico” provocado 19 siglos antes por la muerte del Hijo del Hombre en la tarde de abril en lo alto del Gólgota? ¿Por qué las obras magistrales de Grecia y Roma se pulverizan y esta maravilla de la naturaleza se sigue rehaciendo gota a gota a través de los años y los siglos?

Y una cosa que devela un misterio asombroso: las grutas le parecieron el Libro, una nueva Biblia, donde:

Leí el poder del Hacedor Supremo
Y nuevo aliento recobró mi vida.

Si nos ceñimos a lo dicho, es por la visita maravillada a las cavernas que vuelve a creer en las obras de Dios.

No hubo en el siglo XIX casi poeta, escritor o político, liberal o conservador, que no fuera cristiano o católico, y aun puntuales asistentes a misa. Puede haberlos, pero salvo Ignacio Ramírez, no recuerdo nin-

dividido entre la ac-
 "El acio de las sombras"
 no, un vasto poema y
 cuerda la vívida expe-
 después de "Zelos" es
 a, al menos más vigo-
 La creación imaginati-
 tras o evocaciones que
 en sentido, a un lector
 ño gótico o de pelícu-
 que acaba de dejar-
 cascadas, arcos irregu-
 agua y goteo infinito,
 oleos, pirámides egip-
 es colosales, torreones
 es colgantes, galerías
 niciones y desaparicio-
 mismo puede
 ra tierra bíblica o una
 gino eso?, se pregunta
 por el castigo de Dios
 "simico" provocado 19
 en la tarde de abril en
 de Grecia y Roma se
 que rehaciendo gota a
 las grutas le parecie-

guna figura ilustre que se definiera como ateo. Aun los liberales *rojos* no estuvieron contra el catolicismo, sino contra el clero, o aún más puntualmente, contra el clero mexicano, podridamente enriquecido y enemigo de las causas libertarias del país. Ese clero sin honra que estuvo contra la Independencia, que negó ayuda al gobierno para luchar contra la invasión estadounidense (aun organizó la llamada rebelión de los polkos en febrero de 1847 para mantener sus privilegios), que realizó un Tedeum luego de las matanzas de liberales en Tacubaya en abril de 1859 y que fue uno de los promotores más activos de la intervención francesa y la traída de Maximiliano a México.

Católico devoto, Arróniz renegó un tiempo de Dios pero volvió a creer. En sus poemas nombra a Dios, a Cristo y a la madre de Cristo pero nunca a la virgen criolla, la virgen de los Remedios, ni a la virgen mexicana, la Guadalupana. En un par de poemas confiesa que un tiempo, desengañado y con el alma henchida de pena, apostató de Dios y de sus obras. Leamos unas líneas de "A la madre de Dios":

Antes acaso blasfemó mi labio,
 Mas no fui yo, que las pasiones fueron,
 Cuando orgullosas al Eterno enviaron
 Hórridas quejas.

O en el antedicho poema a las grutas de Cacahuamilpa:

Señor, Señor, en horas malhadadas,
 Ciego acusé tu excelsa Providencia,
 Y loco me olvidé de tu existencia
 Y de tus santas obras celebradas.

Para Arróniz, Dios es el "centro de todos los amores" y Cristo el "creador del himno universal de la naturaleza".

Gracias a José Zorrilla sabemos, no sólo que Arróniz quería publicar hacia 1857 un libro de poemas, sino que aun le había solicitado el prólogo (respeto la sintaxis del extremeño): "Yo debía de escribir el prólogo de un volumen que de ellos pensó publicar, pero las revoluciones políticas y el aislamiento que yo vivo en el campo, nos separaron: el manuscrito de su volumen no llegó a mi mano, y no conociendo yo

todas sus producciones, me abstengo de formular más razonadamente mi juicio hasta mejor ocasión”.

De estas líneas inferimos al menos tres hechos: el primero, que al publicarse el libro de Zorrilla (*La flor de los recuerdos*) Arróniz no había muerto (moriría, según colegimos, al final de ese mismo 1857); el segundo, que Arróniz tenía el proyecto definido de reunir sus poemas en un libro, pero no alcanzó a armarlo y entregárselo a Zorrilla, y tercero, que Zorrilla, después de la muerte de Arróniz, se desinteresó del asunto, como se desinteresaron todos, porque nadie rescató los poemas. Todo esto condenó a Arróniz a ser expulsado de las historias de la poesía y de la literatura mexicana. Un olvido o un descuido de tales dimensiones no dejó vivir en la poesía por cosa de un siglo y medio al que es acaso el mejor representante del segundo romanticismo mexicano y oscureció uno de los cuatro o cinco más intensos poemas de nuestro siglo XIX (“Zelos”). La fortuna esquivada se manifestó doblemente rigurosa: en su obra y en su persona.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRANGOIZ, FRANCISCO DE PAULA. *México desde 1808 hasta 1867*. Prólogo de Martín Quirarte. México: Porrúa, 1994.
- ARRÓNIZ, MARCO. *Manual del viajero en México*. México: Librería de Rosa y Bouret, 1858.
- *Manual de historia y cronología de México*. México: Librería de Rosa y Bouret, 1858. [Al final del libro refiere que la mayor parte de las páginas las escribe en una “estrecha prisión”. Si fue así, el libro lo escribió entonces después de marzo y antes de septiembre de 1856, y si nos fiamos del preámbulo, lo terminó en 1857].
- *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres*. México: Librería de Rosa y Bouret, 1859.
- CASTILLO, FLORENCIO M. DEL. *Obras completas*. Edición de Manuel C. Villegas. México: Biblioteca de la Orquesta, 1875. [La primera edición apareció así: *Obras completas* de Florencio M. del Castillo, precedido de algunos rasgos biográficos por Luis G. Ortiz. México, imprenta en la calle cerrada de Santa Teresa No. 3, 1872. Sin los párrafos de Luis G. Ortiz en el prólogo a estas obras y los de Ignacio Manuel Altamirano en el prólogo a las *Pasionarias* de Manuel M. Flores, no tendríamos la imagen de Arróniz].

er más razonadamente
 es: el primero, que al
 (erros) Arróniz no ha-
 e ese mismo 1857); el
 de reunir sus poemas
 arselo a Zorrilla, y ter-
 niz, se desinteresó del
 nadie rescató los poe-
 ado de las historias de
 un descuido de tales
 de un siglo y medio al
 romanticismo mexica-
 s intensos poemas de
 manifestó doblemen-

1867. Prólogo de

Librería de Rosa y

Librería de Rosa y

mayor parte de las pági-

el libro lo escribió

de 1856, y si nos fia-

célebres. México: Li-

de Manuel C. Ville-

La primera edición

del Castillo, precedido

México, imprenta en

En los párrafos de Luis

Manuel Altamira-

M. Flores, no tendría-

CASTRO, MIGUEL ÁNGEL y GUADALUPE CUIEL (coord. y asesoría). *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876*, I. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

DÍAZ COVARRUBIAS, JUAN. *La clase media y El diablo en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1992.

FLORES, MANUEL MARÍA. *Pasionarias*. Prólogo de Ignacio Manuel Altamirano. (Segunda edición corregida y aumentada). México: Imprenta del Comercio, de Dublán y Compañía, 1882.

FUENTES MARES, JOSÉ. *Santa Anna, el hombre*. Edición revisada de la publicada en 1956. México: Grijalbo, 1981.

PEÑALOSA, JOAQUÍN ANTONIO. *González Bocanegra, Francisco. Vida y obra*. San Luis Potosí: Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1998.

México en el Diccionario universal de historia y de geografía. Coordinación general de Antonia Pi-Suñer Llorens. Selección y estudio introductorio de Antonia Pi-Suñer Llorens y Arturo Soberón. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

ORTIZ, LUIS G. "Algunos rasgos biográficos. Su carácter. Sus obras". Prólogo a las *Obras completas* de Florencio M. del Castillo. Editor, Manuel C. Villegas. México: Biblioteca de la Orquesta, 1875.

PRIETO, GUILLERMO. *Memorias de mis tiempos*. Presentación y notas de Boris Rozen Jalomer. Prólogo de Fernando Curiel. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

SERNA, ENRIQUE. *El seductor de la patria*. México: Joaquín Mortiz, 2001.

SOSA, FRANCISCO. *Las estatuas de la Reforma*. Prólogo de Ernesto de la Torre Villar. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1996.

ZORRILLA, JOSÉ. *Memorias del tiempo mexicano*. Edición y prólogo de Pablo Mora. Notas de Silvia Salgado y Pablo Mora. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.